

EL IMPERIO DE LAS PROFUNDIDADES

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION

BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

EL IMPERIO DE LAS PROFUNDIDADES

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION




La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

491 *El planeta de los hombres alados*, Joseph Berna

492 *Una tumba en el espacio*, Clark Carrados

493 *Tierra calcinada*, Ralph Barby

494 *Sueldo Diabólico*, Kelltom McIntire

495 *Huída A Las Estrellas*, A.Thorkent

KELLTOM McINTIRE

EL IMPERIO DE LAS PROFUNDIDADES

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 496

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA BOGOTA BUENOS AIRES CARACAS MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 41.550 – 1979

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: febrero, 1980

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos

pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallés (N—152, Km 21.650) Barcelona — 1980

CAPITULO PRIMERO

Desperté de madrugada, al escuchar el desagradable chirrido de la reja automática. Al revolverme sobre el puerco jergón, el trallazo de dolor que me recorrió el cráneo como una descarga eléctrica, me recordó que mi mandíbula estaba seriamente dañada.

Claro que no se trataba únicamente de la mandíbula: debía tener un par de costillas fracturadas o resentidas. Me faltaban también cuatro incisivos y me dolía terriblemente el tabique nasal.

Aparte de que me habían «ablandado» la espalda a vergajazos y mi oreja derecha estaba hinchada como una descomunal berenjena, el resto de mi cuerpo estaba intacto.

Miré hacia la reja y vi a los dos elegantes individuos a los que acompañaba un corpulento guardián malhumorado.

—Tenga cuidado —recomendó a los extraños visitantes—. Ese tipo es peligroso: derribó a ocho policías antes de que pudieran dominarlo. También destrozó un club nocturno llamado El Pingüino Alegre y descalabró a una docena de clientes.

—Movió la cabeza como si considerase la locura de aquellos caballeros, y añadió—: No duden en gritar si ese loco les ataca.

—Vaya tranquilo —respondió uno de los desconocidos—. No creo que el señor Talbot nos produzca la menor molestia.

—Allá ustedes —exclamó el guardián. Y se alejó, después de que la reja volviese a deslizarse sobre los rieles.

Mis visitantes me observaron en silencio y luego se sentaron con cierta repugnancia en el borde del camastro frontero.

—Mi colega es Ed Follock y yo me llamo William Gibbs —pronunció el más delgado. El otro era gordo y fofo y padecía un insoportable tic en el párpado inferior del ojo izquierdo.

—Encantado —rezongué—. Den una voz, hagan venir a ese paquidermo de la metralleta y váyanse.

Groseramente, me di la vuelta y me desentendí de ellos.

—Al parecer, se ha metido usted en un buen lío —insistió Gibbs

—. Aparte de los destrozos de El Pingüino Alegre, de los once clientes descalabrados, atacó usted a la policía... Uno de los agentes está gravemente herido. Según hemos podido saber, usted le fracturó el cráneo de un golpe. El pobre hombre tuvo que ser operado urgentemente y aún no se sabe si se salvará. Su estado es crítico.

Me volví iracundo.

—Márchense ahora mismo o el número de descalabrados aumentará en dos —amenacé con voz sorda.

Ed Follock se incorporó de un salto y, aterrado, quiso correr hacia la reja. Pero su amigo, el atildado William Gibbs, le retuvo por un brazo.

—Calma, Ed —recomendó. Sin soltar a su camarada, me miró y dijo—: Señor Talbot, somos abogados. Y podemos sacarle de aquí...

Parpadeé. ¿Quién podría haberles avisado? Desde que Claire me abandonara un par de semanas antes, yo no tenía a nadie en Nueva York que pudiera interceder por mí.

—Es inútil —respondí indiferente—. No tengo un centavo. No podría pagarles.

—No es cuestión de dinero. Tampoco será necesario defenderle en el juicio. Tenemos la posibilidad de conseguir su libertad hoy mismo —afirmó Gibbs con gran seguridad. Carraspeó—: Naturalmente, con ciertas condiciones.

—¡Váyanse al diablo! —gruñí—. ¿Saben que me han despertado cuando acababa de conciliar el sueño? Pero se lo advierto: mi humor es agrio cuando no logro dormir a gusto.

Gibbs no pareció impresionado. Su compañero, sin embargo, temblaba.

—Pero, ¿no lo comprende, señor Talbot? —insistió—. Si ese policía muere, usted podría ser condenado a cadena perpetua, incluso a la silla eléctrica...

¡Claro que lo sabía! ¿Y qué? Tanto daba... Lo más seguro sería que, en el caso de que las cosas fueran mal, me colgara de la reja o me abriese las venas, porque yo no pensaba sentarme en la silla «caliente».

—No diga idioteces —exclamé fastidiado—. Si sabe usted que pueden condenarme a muerte, ¿qué hacen aquí? No pierdan el tiempo

conmigo y déjenme dormir... Aquí tengo un jergón y me dan de comer tres veces al día. En la calle... Bueno, ¿para qué explicarles que en la calle dormía en un vertedero de basuras, disputándole los desperdicios a las ratas? Todo está perdido... Pero no sólo para mí, sino para todos. Ya lo ven: restricciones eléctricas, escasez de alimentos, calles sin iluminación recorridas por bandas de maleantes y asesinos, montones de basuras que nadie recogerá, enfermedades, frío, muerte y miedo. Eso es lo que ustedes me ofrecen. Váyanse, yo estoy a gusto aquí.

Creí que iban a dar media vuelta y a llamar al guardia, pero no conocía bien al tenaz Gibbs. Obligó a sentarse a su obeso colega, hizo otro tanto, sacó un paquete de cigarrillos y un mechero y me lo ofreció.

—Trabajamos para Douglas Manchester, señor Talbot —dijo, como si con aquella frase estuviera todo explicado.

Encendí un cigarrillo y me senté en el borde de la cama. De todas formas, me sentía demasiado fatigado y dolorido como para emprenderla a porrazos con aquel par de molestos individuos.

¿Manchester? Me sonaba aquel nombre... Lo recordé en seguida. Sí, Douglas Manchester era uno de los más adinerados personajes de nuestra empobrecida América.

—¿Y qué? —gruñí con desfachatez—. Ignoro qué interés puede sentir el poderoso Douglas Manchester por un borracho como yo, pero en cualquier caso, mi respuesta es no.

Gibbs encendió un cigarrillo cuidadosamente. A través de una bocanada de humo blanquecino, me miró con curiosidad.

—¿Aunque se tratase de incluirle a usted en un proyecto espacial? —inquirió.

Me incorporé: había puesto el dedo en la llaga. Si quería interesarme por el asunto, Gibbs lo había hecho.

Paseé agitadamente hacia la reja. Los huesos de mi tobillo izquierdo producían un sonoro clac-clac al caminar. He ahí una nueva avería.

—¿Qué clase de proyecto espacial? —pregunté volviéndome.

—No podemos ser muy explícitos, señor Talbot..., porque no poseemos la información necesaria, pero creemos que se trata de algo verdaderamente colosal —respondió.

Lancé una risotada que puso en carne viva mis heridas encías.

—¡No me diga que Manchester tiene el proyecto de plantar lechugas en Júpiter! —me burlé.

Gibbs se puso serio.

—No se trata de ninguna broma, señor Talbot —dijo—. Mire, todo el mundo sabe que Douglas Manchester es rico, riquísimo, pero *nadie* conoce exactamente el alcance de su fortuna. Y ahora está empeñado en un proyecto decisivo, de inconmensurables proporciones.

Arrojé un escupitajo sanguinolento a un rincón de la sucia celda.

—Si Manchester quiere hacer algo bueno, que se gaste parte de su fortuna en llenar el estómago a los que diariamente mueren de hambre en este país, desde Arizona y Nuevo México a Dakota del Norte —respondí, despectivo.

Gibbs no se dio por vencido.

—Reflexione. Talbot —dijo—. El señor Manchester da de comer a miles de personas, pero eso no nos interesa ahora. Usted fue un famoso astronauta, un héroe nacional. Puso su pie en Marte y en Ganímedes... Pues bien, sus conocimientos su experiencia espacial interesan sobradamente al señor Manchester.

—¿Es que no están al tanto, maldita sea? Hace más de un año que me dieron de baja en la lista de astronautas —estallé. Paseé rabioso a lo largo de los dos metros de celda y me detuve ante mis visitantes—. Tengo ya cuarenta y tres años... Pero ésa no fue la única razón de que me expulsaran: también bebía y fumaba demasiado, por lo que no pude superar la última prueba a la que se nos somete periódicamente.

No dije que durante los últimos doce meses me había arrastrado por los burdeles más infectos y por las tabernas más repugnantes, ni hablé de mis desgraciadas compañías, de mis pequeños robos, de mis constantes peleas y altercados, de mis frecuentes estancias en los calabozos o de mi reciente afición al ácido y a la heroína. Y precisamente había sido la última dosis de heroína la que provocó mi explosión temperamental en El Pingüino Alegre. Todo por un motivo tan nimio como que una preciosa camarera me había abandonado por un cliente más adinerado. Naturalmente, llovía sobre mojado...

—Todo eso no tiene importancia —aseveró el incansable Gibbs—. Desde luego, tendrá que someterse a una cura de recuperación. Pero

luego…

—Luego, ¿qué?

—Usted no ignora la situación actual, señor Talbot: nuestro mundo languidece por escasez de energía. Como usted bien dijo, diariamente mueren miles de personas, víctimas del hambre. Hay enfermedades, se carece en muchos países de la más elemental asistencia sanitaria —fue explicando—. El panorama es estremecedor, ciertamente: se han dado casos de madres que matan a sus hijos nacidos para no tener que alimentarlos o… quizá para evitarles sufrimientos y penalidades insolubles…

—¿Adonde quiere ir a parar? —me impacienté—. Conozco muy bien el mundo en que vivo.

—Tanto mejor —pronunció—. Cuando muchos mueren o vegetan a la espera de la muerte, a usted se le abre una posibilidad incomparable: tendrá cuanto desee, desde alimentos caros y seleccionados, alojamiento suntuoso, compañía de mujeres jóvenes y bellas, trajes, vehículos, dinero… La posibilidad de emprender una aventura apasionante…

Me enfurecí.

—¿Y por qué un desgraciado como yo merece todo eso? —grité. En el pasillo se oyeron los pasos del vigilante armado—. ¿Saben lo que pienso? Ustedes y su poderoso señor Manchester son unos sujetos repugnantes. ¡Manchester! Deja morir de hambre a millares de seres, pero no quiere prescindir de uno de sus caprichos, como ese loco proyecto espacial.

Dejé escapar el aire en un resuello sibilante.

—Márchense —dije.

—Supongo que es una decisión tomada un tanto a la ligera. ¿Por qué no reflexiona? —respondió Gibbs—. Piense que le sacaremos de aquí en cuanto diga sí.

—No he caído tan bajo, amigos. Vayan y díganle a Douglas Manchester que Allan Talbot no se doblegará a sus caprichos —respondí, tratando de conservar la calma.

Gibbs dio una voz y el guardián apareció inmediatamente. Se abrió la reja y los dos abogados salieron.

Cuando la celda volvió a cerrarse, Gibbs se aproximó a ella y

susurró:

—No sé si es usted un fanfarrón o un loco, Talbot. Debería considerar que si el señor Manchester tiene poder suficiente para sacarle de la cárcel, también es lo suficientemente influyente como para hacerle imposible la vida dentro de ella, no lo olvide.

Pronuncié una gruesa palabrota, pero Gibbs murmuró un seco «buenas noches, señor Talbot», y se alejó.

CAPITULO II

Debieron llegar paso a paso hasta la celda, evitando el menor rumor. Yo dormía ya profundamente, sin que la velada amenaza de William Gibbs me quitara el sueño.

De repente cayeron sobre mí, hundieron una rodilla en mi espina dorsal y me doblaron brutalmente los brazos a la espalda.

Rudas manos sujetaron mi barbilla y torcían dolorosamente mi cuello hacia atrás.

En seguida me esposaron los brazos a la espalda y me sacaron a empellones. Rodé duramente por el suelo, pero no me dejaron ni resollar: un aluvión de puntapiés cayó sobre mi cabeza, mis costillas y mi vientre.

Hecho un ovillo, mi máximo interés era evitar que sus patadas me alcanzaran los genitales. Aguanté el aluvión de golpes como pude. Me hubiera gustado devolver alguno, según mi inveterada costumbre, pero los puntapiés se sucedían a un ritmo tan vertiginoso que ni siquiera me daban tiempo a pensar.

Convertido ya en un guiñapo, me arrastraron pasillo adelante. Detrás de mí quedó un reguero de sangre.

Al llegar a la escalera, me tomaron brutalmente por los brazos y me hicieron descender.

«Me llevan a la celda de castigo», pensé.

No me equivocaba. Apenas podía tenerme en pie, pero conseguí conservar la posición vertical a través de aquel pasillo frío y húmedo, apenas iluminado por una sucia bombilla llena de telarañas.

Eran seis guardias los que me llevaban. Dos de ellos me asían por los brazos, clavando sus uñas en mi carne profundamente, uno de ellos caminaba delante con una ristra de llaves, otro me tenía asido por los cabellos y tiraba fieramente hacia atrás de mi cabeza, mientras los otros dos me encañonaban con metralletas.

Con la cabeza torcida salvajemente sobre la espalda y la nariz sangrando, tuve que tragarme la sangre para no asfixiarme.

A pesar de todo, yo les dirigía incesantemente insultos intranscribibles, pero ellos parecían ajenos a todo lo que no fuera cumplir con su tarea de matarifes.

El vigilante que caminaba en vanguardia se detuvo al final del

pasillo, seleccionó una llave de su llavero y abrió una puerta de hierro oxidada.

El aire estaba impregnado de un insoportable hedor a excrementos humanos, a pesar de la bajísima temperatura reinante.

Me resistí de momento, pero fue inútil: cuatro hombres se pusieron a mi espalda y empujaron con fuerza.

Me vi proyectado adelante en la oscuridad, caí y... chapoteé en el interior de la reducida celda. Inmediatamente la puerta de hierro se cerró a mi espalda y todo vestigio de luz desapareció.

Completamente empapado y esposado a la espalda, intenté ponerme en pie, pero resbalé sobre una masa blanda y escurridiza..., ¡excrementos!

Maldije sordamente entre dientes. Luego, cuando agoté el rosario de tacos y blasfemias, apoyé la espalda en el viscoso muro y, lentamente, asentando con firmeza los pies en el resbaladizo fango, conseguí ponerme en pie.

El aire, enrarecido, hedía literalmente. La estrecha celda carecía de otra ventilación —según comprobé cuando mis ojos se habituaron a la oscuridad— que el aire que penetraba a través de los resquicios de la puerta de hierro.

En resumen: Gibbs no había amenazado en balde. Una hora después de que mantuviéramos aquella conversación en la celda, la omnipotencia de Douglas Manchester era evidente.

¡Manchester! Un tipo podrido de dinero, que podía decidir libremente sobre la vida de los demás.

—Maldita sea su alma —rugí rabioso. Pero, en definitiva, gastar energías en ello carecía de todo interés.

Con un gran esfuerzo de voluntad, conseguí imponerme a las náuseas que alborotaban mi estómago.

«Al fin y al cabo, antes o después tendré que habituarme a este aroma», pensé apesadumbrado.

Era cierto. Al cabo de una hora en aquel sombrío y húmedo receptáculo, el hedor carecía de importancia.

Comprobé que el piso de la celda estaba lleno de agua y porquerías hasta una altura dé unos veinte centímetros. El agua estaba

helada y mis pies comenzaron a entumecerse rápidamente.

En seguida, un violento estornudo me agitó de los pies a la cabeza. Mi cuerpo, martirizado, se había enfriado ya y las magulladuras me producían un sufrimiento inaguantable.

Unas cuantas horas en aquel lugar y habría pillado una pulmonía galopante.

¿Qué podía hacer?

Sólo una cosa: moverme sin interrupción. Mientras chapoteaba en aquel charco hediondo, mi cuerpo estaría generando calor continuamente... Hasta que mi resistencia terminase y cayese pesadamente al suelo.

De repente me interrumpí al oír un rumor de pasos.

Poco después, la mirilla se abrió.

—Acércate, Talbot —oí. Era la misma voz del guardián corpulento que había introducido en mi celda al abogado Follock y a Gibbs.

Caminé hacia la puerta.

—Escucha, tuve que mentir para que el jefe de galería ordenase que te trajésemos aquí —confesó con toda desfachatez—, Mentí, sí: dije que te habías lanzado sobre mí con intención de quitarme la metralleta.

—¡Pedazo de cerdo bastardo...! —rugí enfurecido.

—No te lo tomes así, amigo. Yo no te tengo mala fe... En realidad, incluso te tengo simpatía. Admiro tu resistencia y tu sangre fría...

—Vete al infierno, mala bestia... —respondí.

—Comprendo cómo debes sentirte —¡ironías además!—. Créeme, lamento que todo un héroe nacional tenga que pasar la noche en este puerco cenagal. ¡Puaf, ni yo mismo resisto esta peste...!

¿Adonde iba a parar? ¿Pretendía burlarse de mí?

—Me vi obligado a hacerlo —dijo—. Verás, tengo una esposa y tres hijos que alimentar y cuidar... Ya sabes: ni siquiera con dinero en la mano puede uno adquirir comida para alimentar a su familia... ¡Esta perra vida!

—¿Y qué? ¿Vas a venirme ahora con el cuento de la lágrima? —grité enfurecido.

—No es eso. Quiero que sepas que he hecho esto porque me han presionado. Uno de los abogados que vino a visitarte me habló del señor Manchester... Ya sabes, ese tipo podrido de dinero. He oído hablar de Manchester y sé que hay que obedecer cuando él da una orden.

—Sois todos unos cobardes.

—Sí, no lo niego. Pero si me hubiera negado a sus insinuaciones, posiblemente esta noche unos matones hubieran entrado en mi casa y... No lo quiero pensar, Talbot. Es horrible tener que martirizar a un nombre como tú para ganar la seguridad de mi familia y un poco de dinero. Me han prometido un lote de conservas suficiente para un mes.

—¿Cómo te llamas?

—Brynes. Y créeme, por favor, Talbot, no soy un cerdo. Sólo que las circunstancias...

Tragué saliva. ¿Hasta dónde llegaba exactamente el poder de Douglas Manchester?

—Escucha —dijo Brynes.

—Sí.

—Esa gente, Manchester y sus abogados, quieren doblegarte. No sé qué es lo que pretenden de ti, pero oí algo... ¿Por qué no te avienes a razones y claudicas? Yo mismo me avergüenzo de haberme prestado a este juego repugnante, pero necesitamos sobrevivir...

—¿Aunque te avergüences de mirarte al espejo el resto de tus días? —pregunté rabioso.

—Incluso así. Oye, Talbot, yo no hago esto por ti, sino para evitar que los míos paguen las consecuencias, ¿comprendes? —insistió.

—Ya veo. Eres un alma de Dios —rezongué.

—Te burlas, ¿eh? Tienes derecho a hacerlo...

Calló un momento. En la lejanía se escuchó un rumor metálico. Luego, Brynes volvió a hablar.

—No se le puede hacer esto a una persona como tú, Talbot. Te lo

confieso: he visto pasar por aquí a mucha gentuza, la mayoría verdaderos desechos… Pero tú no eres como ellos.

—¿Cómo lo sabes?

—Basta mirarte. No rehúyes la mirada y hay en ti arrogancia, seguridad y rebeldía. Me fastidia que un hombre como tú esté aquí. Escucha, oye mi consejo: di que estás dispuesto a escuchar a esos abogados y les avisaré inmediatamente. Te sacarán de la cárcel, te curarán, te tratarán a cuerpo de rey.

—¡Vete a la mierda! —rugí.

—En ella estás precisamente, pobre amigo mío —respondió Brynes sin atisbo de ironía—. Mira, de todas formas, va a ser igual para ti. Pillarás una pulmonía, tus heridas se infectarán en esa agua putrefacta. Y al final, ¿qué? Tal vez te lleven al hospital cuando no tengas salvación.

—Es igual, Brynes. Déjame en paz —respondí desabrido.

Brynes respiraba ruidosamente.

— ¡No te vayas! —exclamó, al comprobar que yo continuaba mi monótono chapoteo. Estaba tiritando y mis pies se habían helado.

—¿Qué diablos quieres?

—Si quieres salir de ahí, da un buen trago de ese agua corrompida —propuso.

—¿Estás loco?

—Es una buena solución. En menos de una hora tendrás una infección intestinal que te obligará a gritar con todas tus fuerzas. Tendrán que llevarte a la enfermería. Créeme, Talbot, arriesgo mucho al darte este consejo: si los esbirros del señor Manchester llegaran a saber que te lo he dado, podrían tomarse la revancha conmigo y los míos.

—Me chingo yo en esa clase de consejos —respondí. Y mi estómago se rebeló ante el simple pensamiento de beber un poco de aquella agua mezclada con excrementos humanos.

—Está bien, haz lo que quieras. Sólo te lo insinuaba para evitarte mayores sufrimientos —afirmó el vigilante, y susurró—: Acércate más, voy a darte el cigarrillo que estoy fumando…

¿Podía fiarme de él? De todas formas, ¿qué más me daba? Acerqué los labios a la plancha de hierro perforada y apreté entre ellos el cigarrillo. Fumé con ansiedad durante un par de minutos. Luego, Brynes retiró el pitillo.

—Si encontrasen la colilla ahí dentro, tendría que dar explicaciones —me dijo—. Deseo que sepas que quiero ayudarte. Espera aquí, procuraré traerte café caliente y algo de comer.

Se alejó para volver diez minutos después. Abrió la celda procurando evitar el más leve chirrido. Puso en mis labios un vaso de plástico que contenía un café muy aguado, pero caliente y endulzado con sacarina. Bebí el ardiente brebaje y me sentí un poco confortado.

—No he podido traerte más que esto —dijo Brynes—. Es un panecillo untado en pasta de cacahuetes. Tómalo entre los dientes, apóyalo sobre la puerta y procura que no se te caiga. Ve masticándolo despacio.

—¿Por qué no me quitas las esposas? —le pregunté antes de que volviese a cerrar la puerta—. He visto las llaves en tu cinturón...

—No puedo —denegó—. El jefe de la galería puede venir en cualquier momento. Si te ve sin las esposas... Bien, me costaría el empleo.

Cerró la puerta nuevamente y yo hice lo que me había indicado. Lenta y cuidadosamente comencé a masticar el pan con la dulce pasta de cacahuetes, sin dejar de apoyar el panecillo en la puerta. Me las arreglé bastante bien. Al cabo, con el café caliente y aquella porción de alimento, mi cuerpo reaccionó un tanto. Me sentía mejor, aunque seguía tiritando y espasmos de dolor recorrían intermitentemente mi cuerpo.

—No seas tozudo —me dijo Brynes a través de la mirilla—. Puedo avisar al abogado Gibbs, si tú estás de acuerdo. Te ahorrarías muchos sufrimientos...

—No —respondí.

—Eres un loco —me censuró Brynes—. Pero también un hombre de una pieza. Te lo juro: te admiro profundamente.

No contesté. Y volví a chapotear.

CAPITULO III

Me despertó el chirrido de la puerta.

¡Me había dormido a pesar de todo, sentado sobre el suelo y con la espalda pegada a la puerta!

Fui a moverme, pero no pude. Sentía dolores intensos y la fiebre me obligaba a tiritar, preso de escalofríos incesantes.

—¡Talbot! —gritó el vigilante.

—¿Quién es?

—¿No me reconoces? Maldita sea, creí que habías...

—¿Muerto? No, aún estoy vivo... —murmuré.

.—He venido a decirte que voy a doblar.

—¿Doblar? ¿Qué significa eso? —inquirí. Una tos seca e irritante me agitó de pies a cabeza.

—Cambiaré la guardia a uno de los compañeros que debía relevarme. Es decir, seguiré de servicio. Ya he avisado a casa —explicó. Y añadió—: Lo hago por ti. Quiero estar cerca... por si decides avisar a Gibbs.

—No lo haré.

—Me lo temía. Eres demasiado testarudo.

—Vete al diablo. Quiero dormir. ¿Qué hora es?

—Las siete y media. Pronto amanecerá... Escucha, Talbot, no puedes volver a quedarte dormido. O... no despertarás.

—Muy bien. No despertaré. Y ahora, déjame en paz.

Brynes cerró la puerta.

—He doblado mi servicio para poder ayudarte. Los remordimientos no me dejan en paz —era increíble tanta sensibilidad en un endurecido guardián de prisiones—. Procuraré traerte un plato de rancho y algo de mi propia comida. Las órdenes son que estés sin comer durante cuarenta y ocho horas, pero yo...

—Entiendo. Un estupendo sistema para conservar la línea —intenté bromear para darme ánimos.

Pero la tos cortó en seco mis palabras. No cabía duda: la

pulmonía era ya un hecho. A pesar de la bajísima temperatura, sentí correr el sudor por mi rostro a raudales.

Me puse en pie con torpeza verdaderamente lamentable.

—Te odio, Douglas Manchester, te odio, te odio... —murmuré. Y con aquella cantinela seguí chapoteando un rato hasta que mis rodillas se negaron a seguir conteniendo mi peso.

De bruces contra el albañal, sentí que un odio frenético estallaba dentro de mi. Y en seguida afloró el pensamiento:

«Tengo que matar a Douglas Manchester.»

De acuerdo, yo me había buscado la cárcel. Pero no la cárcel que Manchester había decidido regalarme.

Pero ¿cómo iba a conseguir llegar junto al potentado, si yo estaba empeñado en destruirme a mi mismo?

Dentro de poco, perdería el conocimiento. Probablemente me helaría en el puerco charco antes de que alguien se decidiese a hacer algo por mí.

—Te mataré, Douglas Manchester...

»Te mataré, Douglas Manchester...

»Te mataré...

»Te mataré...

»Te...

De repente, fui consciente de que iba a perder la noción de las cosas. Y entonces di un grito, me abalancé sobre la puerta y comencé a golpearla con la cabeza.

La sangre corrió por mi rostro y se confundió con el agua pestilente. Caí lentamente y cerré los ojos.

* * *

Las cosas habían cambiado radicalmente.

Me habían bañado en agua tibia, me habían vestido —el traje azul correspondía exactamente a mis medidas—, habían fajado mi pecho, curado mis heridas y hematomas, mi piel exhalaba un suave aroma a lavanda...

Ahora estábamos en las dependencias de la administración de la prisión y un médico estaba auscultándome.

A cada momento murmuraba:

—Muy a tiempo, muy a tiempo... Pero nosotros arreglaremos esto.

Gibbs y Follock estaban sentados en un diván, como niños buenos, mantenían sobre sus rodillas los lujosos portafolios de cuero y parecían auténticamente preocupados por mí.

No había ni un solo funcionario de prisiones en el enorme y confortable despacho. Y eso significaba que mi libertad estaba ya negociada.

Sentí un pinchazo en el brazo. El médico de mejillas sonrosadas ronroneaba:

—Verdaderamente a tiempo. Pero nosotros lo arreglaremos todo...

Otro pinchazo en una nalga.

Mi estado de semiinconsciencia mejoró notablemente. Comencé a sentirme bien, a recuperar fuerzas, a percibir todo lo que me rodeaba.

Entró un camarero con una bandeja: café, tostadas, mermelada, jamón en dulce. El médico me empujó amablemente hacia una mesa y él mismo me sirvió una fragante taza de café.

Mi lastimada nariz se dilató para percibir mejor el aroma del rico café colombiano, pero me vino un golpe de tos y... el ardiente líquido manchó el pecho del médico, que sonrió humildemente y dijo:

—¡No importa, no importa! Le serviré otra taza. Siéntese, por favor...

¡Qué maravilla! Los tormentos, las frases soeces, los golpes y los hedores se habían trocado en mimos, en frases corteses, en café fragante, en deliciosos alimentos, en caricias...

Devoré una cantidad impresionante de tostadas con mermelada, con jamón, fruta. Y nuevas tazas de café.

Al fin, el camarero se llevó la bandeja vacía de cualquier vianda. Pedí fumar y el propio Gibbs se alzó de su asiento y me ofreció un paquete de cigarrillos y su propio mechero de oro con una sonrisa

inefable.

El humo provocó un nuevo acceso de tos, pero allí estaba aquel dulce doctor auscultándome, tomándome la temperatura, deshaciéndose literalmente por mí.

—¿Cree usted que está en condiciones de viajar, doctor? —preguntó el abogado Follock. ¡Era la primera vez que escuchaba su voz! Al parecer, me había perdido el miedo.

—Sí, a condición de que viaje en un vehículo abrigado y le mantengan bajo vigilancia médica. El señor Talbot es un hombre prodigiosamente fuerte —exclamó, mirándome admirativamente.

—Gracias —respondí con una mueca.

El médico marchó tras una ligera inclinación de cabeza. Gibbs se acercó a mí. Abrió su magnífico portafolios y sacó unos documentos mecanografiados.

—¿Qué es eso? —le pregunté.

—El contrato. Naturalmente, puede leerlo.

No me molesté en examinarlo. ¿Qué más daba? En mi mente sólo había una idea fija: *matar a Manchester*.

Gibbs me miró por encima del hombro cuando yo deslicé la pluma de oro sobre el excelente papel blanco. Le brillaban los ojos cuando recogió los documentos y los guardó celosamente en su portafolios de auténtica piel de cerdo. Cerdo, como él.

—Cuando quiera, señor Talbot —dijo. .

—Soy libre, supongo —todavía quedaba en mí una ligera inquietud por si a última hora se torcían las cosas.

—Desde luego. Naturalmente, está al servicio del señor Manchester. Pero no se arrepentirá. Si quiere acompañarnos...

—¿Adónde?

—Al aeropuerto —respondió con suavidad, casi servilmente—. Tenemos un excelente médico, un especialista del aparato respiratorio. Emprenderemos viaje en uno de los Skymaster del señor Manchester.

—¡Un Skymaster! —exclamé asombrado. Aquel aparato, considerado aerobús, podía transportar 1.500 pasajeros a cualquier lugar del mundo.

—Otras personas harán el viaje con nosotros —dijo Gibbs, a modo de explicación.

—Muy bien, cuando quieran —respondí.

El párpado de Follock se agitó locamente cuando abandonamos el despacho.

CAPITULO IV

Eran las cuatro de la madrugada. Las calles de Nueva York, a oscuras, resultaban agobiantes. A partir de las tres de la madrugada, se cortaba el suministro eléctrico a la ciudad. Sólo los centros oficiales podían permitirse el lujo de utilizar grupos autónomos de producción eléctrica, por lo que la ciudad parecía sumergida en tinieblas. Era una sensación lóbrega, angustiosa, agobiante.

Nos habíamos cruzado con dos o tres unidades móviles policiales. Pesadas furgonetas blindadas armadas con ametralladoras y provistas de potentísimos faros, capaces de deslumbrar a un águila.

A veces veía fugazmente unas sombras que se escapaban velozmente… No era grato contemplar uno de los grandes almacenes recién saqueado, a pesar de los fuertes cierres metálicos y de los sistemas de alarma sofisticados: cuando se cortaba el fluido eléctrico, todo era posible en la gran ciudad.

El tráfico de vehículos era inexistente. El severo racionamiento de combustible para automóviles hacía prácticamente imposible la utilización de los vehículos privados.

Excepto para Douglas Manchester. Yo viajaba ahora en un enorme automóvil de seis metros de longitud, escoltado delante y detrás por dos poderosos vehículos y arropados por una docena de agentes motorizados de uniforme que montaban poderosas motocicletas dotadas de turbinas a gas.

Cuando vi aquellos hombres de uniforme, imaginé que se trataba de policías, pero pronto advertí mi equivocación: la placa dorada sobre sus cazadoras de cuero ostentaba las iniciales «DM» en esmalte azul. Como azules eran también los uniformes. Y azul mi traje, en cuya solapa descubrí una pequeña insignia de oro con las mismas siglas.

¡Increíble Douglas Manchester! Incluso podía permitirse una policía propia.

Los coches y su nutrida escolta avanzaban por las desiertas calles a más de cien kilómetros por hora y los faros de los vehículos convertían la noche en día.

A veces, veía refulgir en la oscuridad un par de verdosas pupilas fosforescentes. Gatos. En Nueva York todavía quedaban gatos. ¿Por qué? La respuesta era obvia: porque podían alimentarse mejor que las personas a base de millones o billones de ratas, las cuales correteaban libremente por las calles de noche y de día.

La sensación era de inmenso desamparo... La ciudad más grande y poderosa de la Tierra aparecía desierta, cubierta de montañas de basuras, sucia, maloliente. Era el imperio de las ratas.

Pero dentro del gran automóvil que me trasladaba a gran velocidad al aeropuerto, todo era distinto. Follock, Gibbs y el doctor Temple viajaban conmigo. En el coche había un pequeño pero bien surtido bar, una cafetera automática, una despensa llena de alimentos...

Y música. Deliciosa música ambiental para alejar los remordimientos y encender la sangre. Música íntima, dulzona, que hablaba sin palabras de islas tropicales, de frutas exóticas, de playas de arena blanca y mares limpios y azulados, de bronceadas y bellas mujeres que sonreían.

Follock, Gibbs y el doctor Temple estaban atentos al menor de mis gestos. Estaban allí para servirme y lo hacían admirablemente. Temple me auscultaba de cuando en cuando y a veces me pedía que me inclinase sobre el asiento para ponerme una inyección en el glúteo; Gibbs me servía una copa de fino brandy en cuanto yo despegaba los labios; Follock me servía café o té a la menor indicación mía, e incluso sostenía un cenicero de plata cuando yo encendía un cigarrillo.

Habíamos abandonado ya Nueva York y volábamos a doscientos kilómetros por hora hacia el aeropuerto. La autopista no estaba iluminada, pero los faros de nuestros vehículos convertían el firme y sus alrededores en una franja blanca, reverberante.

De repente, ya estábamos en nuestro lugar de destino. El automóvil se había detenido ante el aeropuerto, que fulgía como un ascua. Evidentemente, allí no se hacía el menor esfuerzo por ahorrar energía. ¿La pagaba quizá Douglas Manchester? Era lo más lógico.

—¿Vamos, señor Talbot? —me invitó William Gibbs—, El avión sólo espera por usted y partirá en cuanto suba a bordo.

Bajé. Cuatro policías DM nos precedían y otros tantos venían detrás. ¿Me vigilaban? Precaución inútil: mi mayor interés era llegar adonde estaba Douglas Manchester.

Di un traspié, pero Gibbs y Follock se apresuraron a sostenerme amablemente. Descendimos por una escalera metálica y subimos a un enorme autocar plateado con el óvalo DM a sus costados.

Vi en seguida la alargada silueta de aquel mastodonte de los aires llamado Skymaster. No hacían falta escaleras: el autocar se adosó al

avión y un pequeño ascensor nos elevó hasta el aparato.

Era enorme. A lo largo de sus tres pisos se extendían los asientos que permitían viajar cómodamente a más de mil personas.

Muchas personas estaban instaladas ya en el piso C. Eran hombres y mujeres, jóvenes en su mayoría. Y todos vestían trajes idénticos al mío, con la insignia DM en el ojal.

«Servidores de Douglas Manchester», pensé.

A mí me guiaron al piso A, es decir, a primera clase, con bar, salón para fumar, cine, comedor e incluso literas para dormir.

No conocía a ninguna de las treinta personas que ocupaban las diversas dependencias. El doctor Temple me llevó a una cabina dotada con un cómodo lecho.

—Creo que será mejor que duerma, señor Talbot: lo necesita. Si descansa, se recuperará más pronto —insinuó.

Gibbs y Follock se despidieron con prisas. Me desearon buen viaje y me dieron la mano, pero yo les volví la espalda ostensiblemente y me dejé caer en el lecho.

El gigantesco Skymaster se deslizó por las pistas inmediatamente. El doctor Temple me puso una inyección y me dijo:

—No se preocupe, relájese. Dormirá bien. Yo estaré pendiente de usted. Tiene ropa de dormir en ese pequeño armario. Cámbiese de ropa, métase en la cama y no se preocupe de más.

Evidentemente, yo deseaba descansar. Pero mi espíritu se sentía demasiado inquieto. ¿Adonde íbamos?

Temple me cuidaba como a una criatura. En cuanto me metí en la cama me auscultó y me tomó la temperatura. Luego me frotó el pecho con un bálsamo de penetrante olor que me permitió respirar libremente.

—Vendré a verle a menudo —aseguró—. Si advierto que respira mal, traeré un pulmón de oxígeno. Buenas noches.

Apagó la luz y salió.

Yo estuve aún una cantidad indefinida de tiempo despierto. Pensaba en la celda cubierta de agua putrefacta, en los golpes, en las humillaciones y, sobre todo, en Douglas Manchester, el hombre al que

me prometí matar en cuanto lo tuviera frente a mí.

Sería muy fácil. Yo lo veía claro. No disponía de ningún arma, pero tampoco la necesitaba. Bastaría con un rápido y seco golpe en su garganta y su tráquea se rompería. Nada más…

El Skymaster volaba ya sin un solo zumbido. La temperatura era tibia y dulce.

—Douglas Manchester —exclamé. Y me quedé dormido.

CAPITULO V

Soñé con Claire Adams.

Ella sonreía diabólicamente y repetía como un estribillo:

«¡Estás acabado, Alian, acabado, acabado…!»

Se había marchado. Me había abandonado para correr en brazos de otro. ¿Quién era ese otro? Me tenía sin cuidado: era un rostro sin facciones, pero, probablemente, con el bolsillo bien lleno.

Era la idiosincrasia de Claire: utilizar a un hombre mientras fuera capaz de satisfacer sus caprichos.

Era una mujer de cabellos rojos, ojos violeta y rostro un tanto anguloso, pero mil veces expresivo, apasionante, bellísimo.

Había sido bailarina y actriz de cine primero, de televisión más tarde.

El baile había hecho de Claire un cuerpo perfecto y proporcionado; el cine le había dado el arte de fingir.

La celebridad que obtuve tras mi primer viaje a Ganímedes (11), me había entregado a Claire en bandeja de plata. Yo era un héroe internacional, se me disputaban los personajes más encumbrados, las cadenas de televisión, las universidades, la gente en general. Poseer un autógrafo de Allan Talbot suponía un honor y una fortuna, contar con el famoso astronauta para una serie de conferencias, un prestigio deseado por las universidades, los centros de cultura, los personajes de las ciencias y las artes.

Aunque la crisis de la energía había producido una inflación irreversible y una crítica escasez mundial, aún existían los mimados de la fortuna. Y yo era uno de ellos. Atesoré una fortuna con facilidad impresionante y me dejé arrastrar por los mimos y las adulaciones.

Todo el mundo hablaba de mí, no había una persona sobre la superficie terrestre que no quisiera mi amistad. No vivía mi vida en realidad, sino que me sentía desbordado por la avidez que causaba a mi paso.

De repente, Claire irrumpió en mi vida. Ni siquiera recuerdo

dónde fue, probablemente en alguna de las numerosas fiestas y cócteles que se celebraban en honor del excelso y valiente astronauta.

Lo cierto fue que la vi y me enamoré de ella. No parecía una mujer real: se diría más bien que había surgido de un sueño maravilloso, envuelta en una sutil neblina dorada.

Era, también, una mujer muy codiciada. Su exótica belleza producía oleadas de admiración y torbellinos de deseo. Pero para mí no supuso nunca una aventura intrascendente. Sencillamente, desde el primer momento la amé.

Ignoro si ella poseía dinero o no. Yo lo tenía en cantidades abundantes y lo gasté con Claire alegremente. Compré un yate fabuloso, dimos varias veces la vuelta al mundo, asistimos a casinos, hoteles, palacios y conocimos los rincones más exóticos.

Claire gozaba intensamente en mi compañía, aunque mucho me temo que nunca sintiera verdadero amor por mí. Y, probablemente, jamás lo haya sentido por nadie.

Ella había abandonado todas sus actividades artísticas y yo me sentía orgulloso de que aquella diosa lo dejase todo por mí.

Luego... empezó a decaer mi celebridad. Por otra parte, las continuas fiestas —casi siempre verdaderas bacanales— habían minado mi resistencia física y mis dotes mentales.

La Agencia Espacial había prescindido de mí de forma implícita. Por otra parte, al decrecer mi popularidad, disminuyeron en la misma proporción mis ingresos.

Pronto comencé a advertir el cambio que se había producido en Claire. A menudo justificaba largas ausencias con compromisos profesionales y su desvío afectivo era cada vez más notorio y doloroso.

Finalmente, comprobé que sus disculpas eran falsas: no estaba trabajando, sino que se dedicaba a asistir a fiestas privadas organizadas por millonarios y magnates.

Una noche la sorprendí en un lujoso hotel de Los Angeles. Se celebraba una de aquellas bacanales que duraban hasta la madrugada, para lo cual el ricachón de turno había alquilado toda una planta del hotel, cuyos accesos guardaban celosamente dos docenas de *gorilas* contratados.

Uno de ellos era un ex empleado de la Agencia Espacial y me dejó pasar a condición de que no le citara si surgían complicaciones.

Había un inmenso salón, deslumbrante de luz. Larguísimas mesas con botellas de champaña francés vertidas sobre los blancos manteles, ya profusamente manchados. Divanes adosados a los muros bajo las cortinas de terciopelo rojo. Hombres de todas las edades y bellísimas y jóvenes mujeres, muchas de las cuales, completamente desnudas, se dejaban acariciar por los varones. Una orgía en suma.

Claire estaba abrazada a un caballero de unos sesenta años de edad. Semidesnuda, se dejaba manosear sin reparos por aquel hombre.

Loco de celos, corrí hacia ellos y comencé a golpear a aquel anciano. Pronuncié palabras horribles, groseros insultos…, hasta que acudieron los musculosos gorilas y me apartaron.

Debo confesar que no me golpearon ni me humillaron de otro modo. Para ellos yo seguía siendo un personaje, un héroe.

Cuando me sacaban de allí, Claire se reunió conmigo. Sus bellos senos bronceados temblaban, libres de cualquier sujeción.

—Déjenlo —dijo, segura de sí misma.

Me soltaron y se retiraron unos metros.

—¿Por qué has venido aquí? —rugió ella, furiosa—. Has estropeado la fiesta.

—¿Fiesta llamas a este salón de prostitutas y viciosos? —respondí dolorido. Me sequé las manos con un pañuelo y la miré. Hermosa y deseable como nunca, ella me contemplaba despectiva, balanceando las caderas—. No lo entiendo, no puedo entenderlo —dije.

—¿Por qué? ¿Creías que te iba a pertenecer eternamente? No me conoces bien, querido: yo jamás seré propiedad particular.

Me dolieron sus palabras, pero sólo hice un reproche.

—Ya veo… Sin embargo, pudiste avisarme. Si me hubieras dicho: «Allan, ya no te amo», yo lo habría comprendido y me hubiese marchado.

Dejó escapar una carcajada insultante y lasciva.

—¡*Ya no te amo, Allan*! —exclamó, parodiando mis palabras—. Por favor, no seas iluso. La verdad es que jamás te amé. Vivimos un tiempo juntos porque era agradable; dejó de serlo y en paz. Cada uno por su lado. Ahora estoy con Howard Redford. Mañana…

—Eres una verdadera zorra —exclamé asqueado.

—Y tú eres un pobre héroe acabado, un triste personaje sin futuro —exclamó. Y se alejó.

Dentro sonaba la música. Una melodía trepidante, loca, que electrizaba los sentidos.

Avancé unos pasos hacia el salón. Y vi a Claire. Estaba desnudándose lentamente al compás de la música. Su cuerpo maravilloso se ondulaba como una serpiente y sus labios se fruncían en un rictus salvaje y obsceno.

Un camarero de color se desnudó también y avanzó hacia ella, bailando. Los asistentes, ebrios todos, los coreaban con sus palmas y sus torpes frases.

Claire se abrazó al musculoso camarero y se dejó caer con él en el diván.

Entonces di media vuelta y huí a la carrera.

«¡Estás acabado, Allan, acabado, acabado…!»

Aquella noche me emborraché hasta embrutecerme.

De madrugada acabé en la habitación de un hotel de segunda categoría. Venía conmigo Alma, una bella muchacha de color que se acostó conmigo.

Cuando, horas más tarde, decidí abandonar el hotel, puse unos billetes en su mano, pero Alma sonrió y dijo con sencillez:

—No me he acostado contigo por dinero. Allan. Para el héroe, todos los placeres son gratuitos.

Mi mente estalló en una vorágine de celos y de pasión.

Saqué todo el dinero que tenía y cubrí el cuerpo de la joven con los billetes.

—¡También Allan Talbot tiene que pagar! —grité enloquecido.

Y escapé de aquel lugar.

Después, todo fue mucho peor. Pero de esto ya hemos hablado antes.

CAPITULO VI

Desperté con la sensación de que me encontraba en otro mundo. Por la persiana graduable de mi habitación penetraba un alegre rayo de sol e incluso escuché el gorjeo de los pájaros.

Me moví en el lecho. Me sentía un hombre nuevo, lleno de salud y vigor. La sangre recorría tumultuosa por mis venas y mis pulmones se hinchaban del fresco aire puro, rítmicamente.

No experimentaba la menor molestia. Asombrado, comprobé que alguien había arreglado mi dentadura. Con la punta de la lengua recorrí mis incisivos y no eché en falta ninguno. Evidentemente, me habían colocado una prótesis.

Mis manos palparon el rostro y no hallé ninguna herida ni costras. Además, mis costillas habían soldado, pues podía girar libremente sin experimentar dolor.

Me incorporé y eché un vistazo a la habitación. Era amplia y limpia. Había un armario, una mesilla de noche y una silla. Había algo más: un timbre adosado a la cabecera.

¿Cuánto tiempo llevaba allí? Mi rostro estaba perfectamente rasurado y vestía un pijama distinto al que me había puesto en el Skymaster.

La sensación era de absoluta irrealidad. Sin embargo, me sentía muy cómodo, ebrio de salud y de potencia física.

¿Dónde estaba? La ventana entreabierta, el sol, la agradable temperatura reinante... Todo ello me indicaba que me encontraba muy lejos del frío y sombrío Nueva York.

Agucé el oído con la intención de captar algún sonido que me sirviese de orientación, pero no percibí otra cosa que no fuesen los cantos de los pájaros y el susurro de la brisa en la persiana.

Finalmente, me decidí a oprimir el timbre que estaba al alcance de mi mano. No oí nada, pero la puerta se abrió dos minutos después y un hombre joven de cabellos rubios, que usaba gafas graduadas, penetró en la habitación. Vestía una bata blanca: un médico sin duda.

—Buenos días, señor Talbot —saludó alegremente—. Soy el doctor Franken. Si me lo permite, le haré un ligero reconocimiento.

Me auscultó, tomó mi pulso, palpó sabiamente mi tórax.

—Espléndido —dijo—. Su estado físico es magnífico, señor

Talbot. Voy a darle el alta.

—Oiga, doctor, quisiera hacerle algunas preguntas...

—Hágalas —respondió, cordial.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Unas tres semanas —sonrió al advertir mi gesto de asombro—. Le hemos sometido a una cura de sueño, con el fin de desintoxicarle. Ha estado constantemente vigilado y cuidado, hasta que desapareció el peligro de la afección pulmonar. Por fortuna se ha recuperado muy bien, según he podido comprobar.

—Gracias, pero ¿dónde estamos?

—Lo siento, pero no puedo responderle a ello.

—¿Por qué?

—Sencillamente, no lo sé. Esto es un campamento DM, si sabe lo que esto quiere decir.

—Comprendo.

Bajó mi pijama y volvió a colocarme correctamente la ropa de cama.

—El señor Manchester está deseando entrevistarse con usted, señor Talbot. Creo que lo mejor será que se vista, pues el señor Manchester le recibirá en seguida, con toda probabilidad. En ese armario tiene toda la ropa necesaria. El lavabo está tras esa puertecita —indicó la de la derecha—. Si necesita algo, no dude en pulsar el timbre... Ah, otra cosa, señor Talbot; le aconsejo que se ponga el traje azul. Para ciertos actos, el señor Manchester prefiere que sus empleados vistan formalmente.

—Bien. Gracias, doctor.

—No me las dé. Me pagan por hacer mi trabajo. De todas formas... me siento satisfecho de su recuperación. Es usted un hombre con una notable resistencia física.

—Gracias —repetí cuando Franken se dirigía ya hacia la puerta.

Medité un momento. Manchester se disponía a recibirme... De modo que ya mi venganza estaba a un paso.

En seguida me sentí un poco inquieto. Era lógico, pues no todos

los días uno mata a un semejante. Y eso era precisamente lo que me disponía a hacer yo en cuanto tuviera al millonario frente a mí.

Me levanté. Un ligero mareo me obligó a sentarme en la cama. Pero pasó en seguida y al fin pude dar un corto paseo a lo largo de la espaciosa habitación.

Empujé la puerta de la derecha y penetré en un lujoso cuarto forrado en mármol verde, con una inmensa pileta de agua tibia y perfumada y fastuosa grifería de oro. Todo ello era impecable, brillante y carísimo.

Me desnudé y me metí en el baño. Evidentemente, Manchester era un buen psicólogo: era fácil ganarse la voluntad de todos los empleados, rodeándoles de lujos y comodidades, prácticamente desconocidas ya para el resto de los humanos.

Terminé la toilette rápidamente, abrí el armario y me vestí. Aquel traje azul era una maravilla... ¿Cómo habían averiguado mis medidas exactas?

Una vez vestido y peinado, me contemplé un momento en el espejo. Ofrecía un aspecto impecable, cuidado y elegante. Mis cabellos rubios, brillantes y limpios, contrastaban atractivamente con el bien cortado traje azul.

—Bien, ¿qué se supone que debo hacer ahora? —me dije. Y en aquellos momentos se oyeron unos ligeros golpes en la puerta de enfrente.

¿Manchester?

—Adelante —dije. Y sin que yo lo advirtiera, mis músculos se pusieron rígidos y duros.

No era Manchester, sino una deliciosa jovencita morena, de grandes ojos almendrados, corta melena y silueta admirable. Vestía un traje sastre, con falda, de la misma tela que el mío.

—Buenos días, señor Talbot —saludó con una sonrisa—. Soy Margie Bond, del departamento de Coordinación. ¿Quiere venir? El señor Manchester le espera.

La seguí con cierta timidez y salimos a un larguísimo pasillo espejeante. Trataba, curioso, de mirar a través de los amplios ventanales de grueso cristal, pero las persianas graduables no me permitieron avizorar el exterior.

Una puerta de cristal se deslizó silenciosa ante nosotros. Atravesamos un vestíbulo circular y avanzamos por otro pasillo.

El corazón me golpeaba en el pecho. La hora final estaba próxima.

¿Qué ocurriría... después? Evidentemente, si mataba a Manchester no me dejarían escapar: me acribillarían, me destrozarían... ¡Ahora que se me ofrecía una vida regalada y plena de atractivos!

Me mordí los labios para resistir a la tentación. Yo me había propuesto vengarme de Manchester, tenía que hacerlo por encima de todo.

Margie Bond caminaba delante de mí, moviendo cadenciosamente sus firmes y redondas caderas. En seguida se detuvo ante una gran puerta de madera barnizada con herrajes dorados —¿o quizá oro macizo?—, oprimió un teclado empotrado en el muro de la puerta y abrió.

—Pase, por favor.

Entré. Al principio no pude ver a Douglas Manchester en medio de la abigarrada y lujuriosa vegetación.

Me encontraba en un salón-mirador de forma circular. Una sucesión de paneles de cristal blindado rodeaba toda la estancia decorada con bellas y exóticas plantas ornamentales. La luz, cernida, penetraba a través de sutiles cortinas blancas y arrancaba luminiscencias verdosas de las grandes hojas en las plantas.

Aquella estancia no mediría menos de trescientos metros cuadrados. A derecha e izquierda había bellos muebles adosados a las columnas, un piano, divanes...

—Adelante, señor Talbot —pronunció una voz gruesa y enérgica,

Avancé unos pasos. Manchester estaba sentado en un sillón de marfil labrado, arropado por un conglomerado de plantas y flores que simulaban el dosel de un trono.

Era un hombre de unos cincuenta y cinco años, de facciones bronceadas muy atractivas, cabellos grises, un tanto ondulados, que vestía un albornoz que más parecía una túnica oriental, pues el tejido era de seda pura, púrpura, con los ribetes bordados en oro.

«Un verdadero histrión, un payaso», pensé, al advertir toda

aquella tramoya.

Fue entonces, cuando mis ojos se acostumbraron al fuerte resplandor que provenía de las cristaleras, cuando vi al animal. La sangre se enfrió rápidamente en mis venas: la gruesa cadena dorada que Manchester sostenía entre sus dedos terminaba en el cuerpo de un corpulento tigre de Bengala.

La fiera me miró fijamente a través de sus ojos dorados. Era un tigre adulto, corpulento, que debía pesar más de doscientos kilos. Probablemente, Manchester lo habría domesticado y obedecería ciegamente cualquier orden suya, aunque fuera la de destrozar a un hombre de un zarpazo.

—No tema,, señor Talbot; «Anghor» ha desayunado ya y no le hará ningún daño. Acérquese, por favor —dijo el millonario. Una leve sonrisa bailaba en sus labios delgados.

Avancé y me detuve a unos tres metros de distancia. El maldito «Anghor seguía vigilándome impasible, con sus grandes ojos de color topacio clavados en los míos. No lo había advertido antes, pero dos atléticos y musculosos jóvenes permanecían a escasa distancia, confundidos con la vegetación. Intentar algo contra él ahora sería una locura inútil.

Me estaba observando fijamente y aquel inicio de sonrisa persistía en sus finos labios.

Poseía acaso la facultad de penetrar en mis pensamientos.

—Celebro que se haya recuperado, amigo Talbot, y me siento orgulloso de que forme parte de nuestro equipo. ¿No quiere sentarse? —ofreció.

Me senté en un cómodo sillón forrado de terciopelo y puse toda mi voluntad en permanecer relajado y sereno durante la entrevista.

No me había ofrecido la mano, aunque su actitud era sumamente cortés. Tanto mejor; si hubiese tenido que estrechar la mano de aquel cerdo, es muy posible que yo me hubiese traicionado tontamente.

—Sé que se está haciendo miles de preguntas, señor Talbot —añadió—. No voy a decirle dónde nos encontramos, porque ciertas medidas de seguridad son imprescindibles, pero le aseguro que encontrará en el Campamento I todo lo que desee.

—Estoy seguro —respondí—. Sin embargo, me gustaría saber en qué consistirá mi trabajo.

Sus ojos grises brillaron intensamente.

—Tengo en proyecto un ambicioso viaje espacial —declaró—. Será una misión científica, y cuento ya con la autorización de las autoridades. Como sabe, la actual coyuntura económica no permite al estado derroches en los planes espaciales, por eso el Gobierno ve con buenos ojos la iniciativa privada en este campo. Usted, Allan Talbot, ocupará un puesto prominente en mis planes.

—¿No puede ser más explícito? —pedí, advirtiendo su tono enigmático.

—No lo seré, por ahora. Pero lo sabrá todo, a su tiempo. Su trabajo inmediato será someterse al acondicionamiento físico necesario. El doctor Franken me ha informado de que su estado físico es satisfactorio. Así pues, su misión inmediata es dedicarse a un entrenamiento físico, dirigido e intensivo —Manchester se puso en pie, dando por terminada la entrevista—. La señorita Bond le pondrá al corriente de todos los detalles de organización interna.

Temí que me ofreciera entonces la mano, pero no lo hizo. Cuando salí de allí, Manchester acariciaba la enorme cabezota del tigre.

Margie Bond me entregó un folleto-plano explicativo de la distribución de las instalaciones. Había comedores, dormitorios, habitaciones individuales, gimnasios, hospital, piscinas, pistas deportivas, jardines e incluso un bosquecillo de unas dos hectáreas de extensión.

—Una advertencia, señor Talbot —me dijo la guapa Margie Bond —. En sus horas libres puede ir adonde le plazca… sin salir de los límites del Campamento I. Hay una alambrada que impide el paso, pero si alguien fuese tan loco que se atreviera a traspasarla, se encontraría con feroces perros de presa que le destrozarían en pocos minutos. Al otro lado del pasillo hay otra valla, está electrificada.

No hice ningún comentario. ¿Para qué? Sabía que todos los que nos encontrábamos dentro de aquellas vallas éramos, de una u otra forma, prisioneros del poderoso Douglas Manchester.

Con todo, yo esperaba que se presentara una oportunidad de romperle el cuello de un solo y enérgico golpe.

Ya veríamos.

CAPITULO VII

Si quería deslumbrarnos, Manchester lo había conseguido. Fuera del trabajo que cada cual tenía asignado en el Campamento I, la existencia no podía ser más agradable: disponíamos de enormes salones, salas de cine, de baile, bares, música, pasatiempos para todos los gustos, desde las sofisticadas máquinas de bingo y tragaperras, hasta un enorme y elegante casino donde todas las noches se ofrecían variedades y atracciones de gran categoría.

¿Cuánto dinero poseía Manchester para permitirse aquel inconcebible derroche? Nadie podría averiguarlo jamás. Lo cierto era que todos percibíamos un sueldo que la mayoría se gastaba alegremente en el casino.

Traté de indagar dónde nos encontrábamos, pero no obtuve el menor éxito. En realidad, nadie lo sabía, aunque todos suponíamos que vivíamos en un país próximo a los trópicos, si se tenía en cuenta la vegetación exuberante y el clima cálido, pero moderado.

Al día siguiente de mi entrevista con Manchester, se produjo una agradable sorpresa: encontré a Jack Dumbley, profesor de cultura física, al que había conocido en la Agencia Espacial.

También su expresión fue de sincera alegría cuando nos saludamos.

— ¡Allan, Allan Talbot! —exclamó cordial. Y palmeó rápidamente mi espalda—. Eres la última persona que hubiera esperado encontrar en el Campamento I, pero no dudes que me siento encantado de tenerte aquí.

—Lo mismo digo, Jack, aunque me sorprende que hayas dejado tu puesto en la agencia —dije.

Una sombra de resentimiento pasó por sus ojos.

—Aquello está prácticamente liquidado —respondió. Y añadió—: Pero no voy a mentirte a ti: me jubilaron hace poco más de un año. Por cierto, dentro de unos minutos tendrás la oportunidad de saludar a algunos conocidos. Aquí están también Frank Jarrell, Dwight Packard y Ted Elwood. Yo dirijo su entrenamiento físico, lo mismo que haré contigo.

—¡Jarrell, Packard y Elwood! ¿Cómo han venido a parar aquí? —exclamé, asombrado, pues aquellos amigos componían la élite de los astronautas del equipo de la Agencia Espacial.

—Realmente, no lo sé con certeza —respondió Dumbley, cauto—. Aunque puedes imaginar que sus razones serán muy parecidas a las tuyas o a las mías.

Poco después llegaron al gimnasio nuestros tres camaradas. Nos abrazamos y saludamos efusivamente y luego comenzaron los ejercicios, en los que participaban unas treinta personas: ingenieros, médicos, psicólogos, astrónomos…

Lo que más me sorprendió en todos ellos fue que su actitud era alegre y entusiasta. Verdaderamente, aquellos hombres eran felices haciendo lo que hacían.

No era de extrañar: la mayoría de ellos, como yo mismo, habían padecido contrariedades y miserias anteriormente. Ahora tenían todo lo que querían y quizá una apasionante aventura en perspectiva. ¿Qué más podían desear?

Dumbley me dijo en un descanso que él equipo espacial se vería engrosado con quince mujeres jóvenes.

—¿Dónde están? —quise saber.

—Se preparan aparte. Las dirige una joven y guapa mulata llamada Bonnie Carpenter —me dijo.

Vi a Bonnie aquella noche. Dumbley no había mentido: era preciosa. Mulata muy clara, con los cabellos lisos, aunque los llevaba muy cortos, su cuerpo era de una perfección imposible. Ágil y flexible como una pantera, su piel bronceada tenía un aspecto de terciopelo. Su rostro parecía una fruta madura y sus ojo ojos eran grandes, negros y muy expresivos, un poco nostálgicos.

La conocí en uno de los salones de recreo. Yo estaba sentado en una mesa apartada leyendo un diario en el que anunciaban toda clase de desdichas, cuando Bonnie se acercó a mí.

—Allan Talbot, ¿verdad? —dijo amablemente. Y frunció los gruesos labios en una sonrisa cordial—. ¿Me permite? Voy a confesarle una cosa: siempre deseé conocerle.

—Espero que no vaya a pedirme un autógrafo —bromeé.

Me ofreció un cigarrillo y, cosa rara, en cuanto el humo llegó a mi nariz, comencé a toser y el estómago se me alborotó. Decididamente, no volvería a fumar.

Con las bebidas me había ocurrido algo semejante: podía beber

una cerveza o un vaso de vino, pero aborrecía los licores fuertes. Supongo que todo ello seria consecuencia de la cura de desintoxicación a que me había sometido el doctor Franken. Y yo estaba muy satisfecho en este aspecto.

Bonnie agitó los cubitos de hielo dentro de un vaso de naranjada.

—No, no le pediré un autógrafo. Prefiero estar con usted un rato.

—Tuteémonos, Bonnie. Según parece, formamos parte del mismo equipo —dije.

—Así es. ¿Y sabe una cosa? —hizo un gesto misterioso—. Creo que yo también volaré contigo...

—¿Cuál es tu especialidad?

—Cultura física, pero me licencié en Arqueología y en Botánica. Tengo esperanzas de formar parte de esa maravillosa aventura.

—¿Cuál crees tú que será nuestro destino? —tanteé.

—Si no lo sabes tú, que serás el comandante, ¿cómo voy a saberlo yo? —respondió admirada.

—¿Cómo sabes que yo seré el comandante?

—Nadie lo sabe, pero se comenta: eres el más experimentado —fue su respuesta.

—Ya.

Callamos. Bonnie me miraba con admiración mal disimulada. Al cabo de un rato, alcé los ojos y dije:

—¿No te aburres conmigo?

—No —contestó—. Estoy bien aquí. Pero podríamos bailar, si te apetece.

—Vamos —decidí.

Nos confundimos con una docena de parejas en la próxima pista de baile. A media luz y al son de aquella música lenta y sincopada, Bonnie parecía una pluma entre mis brazos.

Luego apoyó la cabeza en mi hombro, rozó mi mejilla con la suya y su cuerpo flexible se adaptó al mío en perfecta simbiosis.

Entonces sentí el aguijonazo del deseo de forma brutal, con una

exigencia vital, insoslayable.

La solté de repente y dije:

—Dejémoslo ya.

—¿Por qué? —sus ojos reflejaban profunda decepción.

—Me encandilas demasiado, Bonnie —confesé.

—Pero eso tiene solución —sonrió, propicia—. Tomemos una copa en mi *suite*.

Pero yo murmuré una disculpa y me marché.

Imagino su despecho, su profunda desilusión. ¡El famoso Allan Talbot huía de una bella y jovencísima mujer!

Pero yo había advertido la llamada del peligro en mi cerebro. No es que fuera a hacer vida de cartujo en adelante, pero Bonnie me gustaba demasiado. Era peligrosa, por tanto. Porque lo que yo más temía era atarme con sólidos lazos a cualquier mujer.

* * *

Douglas Manchester había venido a contemplar nuestros ejercicios de atletismo en pista descubierta.

Terminada la jornada, el doctor Franken nos sometió a un rápido reconocimiento —los exámenes físicos se repetían diariamente— y abandonamos las pistas. Pero la señorita Margie Bond vino a mi encuentro.

—El señor Manchester quiere verle, señor Talbot. Está aquí, muy cerca —dijo.

En efecto, se sentaba en el asiento trasero del coche descubierto. Sus dos inseparables guardaespaldas estaban con él, aunque «Anghor» no estaba a la vista.

—¿Qué tal, señor Talbot? —me preguntó, risueño.

—Perfectamente. He superado las pruebas y cada día me siento más fuerte y capaz —respondí.

—Lo celebro. Pronto cambiaremos de actividades. Por cierto..., le he preparado una sorpresa —anunció—. Espero que sea muy agradable para usted.

—¿De qué se trata? —pregunté, curioso a mi pesar.

—Es una vieja amistad suya. Creo que a ambos les agradará reencontrarse —respondió. E hizo una señal al conductor del vehículo y se alejó.

Supuse que se trataba de algún viejo colega de la Agencia Espacial, pero me equivocaba… De todas formas, el asunto no me quitaba el sueño.

Al atardecer, volví a mi *suite*.

Aunque las necesidades de todos los empleados estaban cubiertas, Manchester nos había dividido en diversas categorías. Yo formaba parte de la élite, y así me había sido destinada una maravillosa *suite* formada por un amplio salón, un dormitorio, un pequeño estudio y un baño propio de cuento oriental.

Después de bañarme, me vestí, dispuesto a distraerme un rato hasta la hora de la cena, que me sería servida en mi propia *suite*, si así lo deseaba.

Iba a salir ya, cuando oí unos golpecitos en la puerta y dije:

—Adelante.-

La puerta sé abrió con lentitud y… ¡Claire Adams apareció ante mis asombrados ojos!

Bellísima como siempre, vestía un ceñido traje de seda dorada. Una sonrisa distendía sus lascivos y húmedos labios.

—¡Sorpresa! —exclamó—. Era lo último que esperabas encontrar. ¿Me equivoco?

Así que aquélla era la «sorpresa» que me guardaba Douglas Manchester. Desde luego, aquel hombre debía conocer todas las cosas de mi vida como yo mismo. Había imaginado que me complacería infinitamente, que la presencia de Claire sería para mí una especie de revancha.

Ella avanzó y se me abrazó estrechamente. Oleadas de intenso perfume que exhalaba me recordaron otros tiempos, otras circunstancias.

—Querido Allan, querido mío —susurraba—. No sabes cuánto te he añorado. Sí, sí, tienes toda la razón… Me sentiría más tranquila si me abofetearas. Fui muy… injusta. Pero compréndelo: había bebido

mucho y no sabía lo que hacía. Ahora, si tú quieres…

—¿Qué has venido a hacer aquí? —mis brazos colgaban rígidos a lo largo del cuerpo, aunque en mi interior deseaba abrazarla con todas mis fuerzas.

Claire se separó un poco y escrutó mi rostro.

—Manchester me ha contratado para que actúe en su casino. Verdaderamente, me paga más que los de la televisión. Pero sobre todo he venido porque él me anunció que tú estabas aquí —dijo.

Su actitud, ciertamente humilde, podía traducirse por algo así como: «Pelillos a la mar y olvidémoslo todo».

Pero yo no estaba dispuesto a permitir que una mujer como Claire Adams volviera a despreciarme por segunda vez.

Y dije:

—Has llegado tarde, querida. Ve al casino, sube al escenario y actúa. Luego toma el dinero de Manchester y márchate.

La aparté con rudeza, salí y cerré de un portazo.

Tres horas más tarde volví a verla. Había terminado su actuación y recorría las mesas de juego, buscándome.

Había alguien más que me buscaba, aunque todavía no se había decidido a acercarse.

Claire se apoyó en la mesa de la ruleta y puso unas fichas al número 21, el mismo por el que yo jugaba por valor de quinientos dólares. Salió el 21 y el *croupier* empujó hacia cada uno de nosotros un montón de fichas. Entonces Claire vino a mí y me oprimió el brazo.

—¿Lo ves? Juntos en la suerte y en la desgracia —dijo. Y al advertir mi expresión hermética, apretó aún más mi brazo y añadió—: ¡No seas quisquilloso, querido! ¿No lo comprendes? Todo v volverá a ser maravilloso, como antes.

Giré y vi a Bonnie, en el otro extremo de la mesa, que no nos perdía de vista. Le hice un gesto amistoso y ella rodeó el corro para acercarse inmediatamente.

Luego miré a Claire y le dije:

—Es posible que todo vuelva a ser maravilloso. Pero no contigo.

Me volví hacia Bonnie, la tomé por la cintura y nos alejamos.

De todas formas, Claire corrió sin la menor dignidad en pos de mí.

—¡Allan, te lo ruego! Tenemos que hablar —gimió, sujetándome por un brazo.

Suavemente aparté su mano de mí y dije:

—Nada tenemos que hablar, Claire. Estás acabada, ¿no lo comprendes?

Vi su bello rostro transido de ira. Luego, bruscamente, dio media vuelta y volvió a la ruleta.

Estábamos en paz.

Al día siguiente, Claire Adams había desaparecido. No volví a verla jamás. A veces pienso si no fui demasiado cruel con ella en aquella ocasión. Pero así sucedieron las cosas...

CAPITULO VIII

A principios de primavera, fuimos trasladados al Campamento II. El viaje se inició una noche a finales de marzo. En el Skymaster de Douglas Manchester viajábamos unas cuarenta personas.

El viaje duró siete horas. Como era de noche, me fue imposible establecer, ni siquiera por aproximación, nuestro destino. Próximo el amanecer, el avión tomó tierra sobre unas pistas de emergencia situadas en un desierto. ¿África, tal vez Australia? Tanto me daba.

Un veloz autocar nos trasladó desde el avión al campamento II, situado en un valle árido desde el que se divisaban picos de considerable altura. Aquí no había frondosos jardines ni instalaciones lujosas: apenas un par de naves donde dormía todo el equipo.

El Campamento II tenía el aspecto de algo provisional, lo que parecía anunciar una rápida marcha.

En efecto, Manchester nos dirigió la palabra aquella misma tarde.

—Señoras y señores, se aproxima el momento de iniciar mi proyecto espacial —pronunció triunfalista—. Ya no existen motivos para ocultarles ningún detalle del proyecto en sí. Quiero que sepan cuál va a ser nuestro destino final... ¡Horix, situado más allá de Plutón, en el confín de nuestro sistema solar!

Hizo una pausa para saborear toda la gloria que encerraba tal declaración, paseó su mirada de un rostro a otro, y prosiguió:

—Seguramente estarán pensando que alcanzar Horix, un planeta de otro sistema, es absolutamente imposible. Pues bien, yo les diré que *era* imposible hasta hace poco.

—¿Puede explicarme cómo ha surgido tal posibilidad? —preguntó el cosmonauta Peter Jarrell, que se sentaba a mi lado.

—Lo haré con mucho gusto —asintió Manchester—. La explicación es sencilla: nosotros no vamos a utilizar los medios de impulsión clásicos. La astronave que nos llevará a Horix utilizará el «desplazamiento magnético» ideado por un equipo de científicos del Campamento III.

—¿Desplazamiento magnético? —preguntó Ted Elwood, estupefacto.

Manchester sonrió.

—No soy un gran físico, por lo que mi explicación será muy

elemental: mi astronave, el Worldtracer, *lanzará ante sí su camino*, de forma semejante al que empuja una alfombra para desenrollarla. Y ése será el camino del Worldtracer: una larguísima alfombra magnética. Ese camino magnético permitirá a la nave velocidades que hasta hace poco eran inconcebibles para nosotros, de tal modo que nuestro viaje sólo durará seis meses —anunció, orgulloso—. Pero hay más. Pongan atención, por favor —reclamó al escuchar los encendidos comentarios de la mayoría de mis compañeros—. Cuando ustedes viajan en un automóvil, algunas veces han sufrido la molestia de alguna mosca volando en el interior del vehículo. Habrán observado entonces que el insecto, sin ningún esfuerzo, *viaja a la misma velocidad de! automóvil*, aunque permanezca en el aire y no se apoye para nada en él. Por Supuesto, una mosca jamás conseguirá volar a ciento cincuenta kilómetros por hora...

Recuperó el aliento y continuó:

—Pues bien, un principio semejante ha inspirado la idea del Worldtracer. Su estructura exterior será arrastrada por la alfombra magnética a altísima velocidad, y ésta, a su vez, arrastrará la estructura interior o habitáculo que flota dentro de la primera. De ese modo estará asegurado que las altísimas velocidades capaces de ser alcanzadas por la compleja nave no incidirán en nuestros organismos. Por otra parte, en la estructura interna se creará una gravedad artificial que nos protegerá en todo momento. De todas formas, el profesor Garland, que estará con ustedes mañana, les facilitará toda clase de información complementaria al respecto. Y ahora, si quieren hacerme alguna pregunta, estoy dispuesto a contestar —terminó.

—¿Cuál será nuestra misión en Horix? Quiero decir en el caso de que alcancemos nuestro destino —preguntó Dan Randolph, meteorólogo.

—Esté seguro de ello, Randolph. —Manchester sonrió con superioridad—. En cuanto a nuestra misión, será estrictamente científica. Según las observaciones y mediciones de diferentes astronaves no tripuladas, Horix posee una atmósfera rica en oxígeno, agua abundante y todas las condiciones precisas para la vida. Su masa es el doble de la Tierra y aproximadamente dos cuartas partes de su superficie están heladas: son los polos. Nuestra misión consistirá en el estudio de la fauna y de la flora, de la orografía e hidrografía, de la atmósfera y del subsuelo. ¿Alguna pregunta más?

—Sí. ¿Dónde está el Worldtracer y cuándo partiremos?

—Mi astronave se encuentra en el campamento Beta, en la Luna.

Durante un año, centenares de técnicos han trabajado en su montaje e incluso han realizado pruebas satisfactorias. Dentro de esta semana partiremos hacia la Luna. El despegue del Worldtracer de nuestro satélite será pocas fechas después —respondió Manchester de buen grado.

Bonnie Carpenter preguntó quiénes volarían hacia Horix. Y Manchester fue leyendo la lista de treinta y cuatro personas.

—Allan Talbot, comandante; Frank Jarrel, copiloto; Ted Elwood, tercer navegante; Don Cliford, ingeniero-jefe; Albert Franken, médico; John Arrow, astrónomo; Guss Collins, geólogo; Rita Doyle, Química y Laboratorio; Bonnie Carpenter, Botánica y Arqueología; Anna Rockford, Zoología…

Bonnie me buscó con mirada ansiosa. Parecía tan alegre y entusiasmada como una cría en una excursión y me envió un saludo alborozado.

La asamblea se disolvió y la mayoría se fue a acostar Bonnie y yo permanecimos en el pequeño salón de la televisión hasta las tres de la madrugada. ¿Qué nos ocurría? Sencillamente, Bonnie había conseguido contagiarme su vehemente inquietud.

Habíamos conversado a media voz durante dos horas, cuando súbitamente presté atención al noticiario de las tres de la madrugada.

—…Conmoción en Wall Street de catastróficas consecuencias —decía el locutor, visiblemente nervioso—. La realización de los valores de las distintas empresas Manchester acaban de hundir el preocupante mercado de la Bolsa, de por sí extremadamente delicado y frágil en los últimos años. En su primera valoración, las consecuencias pueden ser gravísimas, aunque todavía es pronto para el alarmismo. Sin embargo, tenemos algo muy significativo: los estudios de Robert Wintere y de Rudolph Garrison, importantes agentes de cambio y Bolsa. Las repercusiones de la insólita jugada de Douglas Manchester han empezado a dejarse sentir en la Bolsa de Londres, de Bonn, de Madrid, de Hong Kong…

Bonnie apretó mi brazo, inquieta.

—¿Qué significa todo esto, Allan? —me preguntó bastante asustada.

—No lo sé —respondí—. Pero de momento las maquinaciones de nuestro patrón han costado la vida a dos hombres prestigiosos.

No alcanzaba a comprender qué se proponía Manchester con la liquidación de todos sus valores bursátiles. Algunos meses después, sin embargo, lo entendería claramente.

* * *

Edwin Garland llegó al día siguiente, en efecto. Era un hombre alto, delgado, casi esquelético, de cabellos grises y tez descolorida. Tenía unos ojos de color indefinible, pero vivaces e inquietos.

Durante horas, el profesor Garland nos dio explicación detallada acerca del Worldtracer. Habló extensa y diáfanamente y a partir de entonces mi escepticismo empezó a decaer. Garland, con su experiencia y sabiduría me convenció de que una máquina tan perfecta como la astronave de Douglas Manchester podía ser real.

Cuando dio por terminada su conferencia, el viejo profesor clavó en mí sus ojos oscuros.

—¿Quiere esperar un momento, comandante Talbot? —me rogó.

Mis compañeros acababan de abandonar el pabellón de asambleas. Algunos nos miraron con curiosidad, pero finalmente, el profesor Garland y yo estuvimos solos.

—Comandante Talbot...

—¿Sí, profesor? —respondí amable.

—Al fin le veo en persona —habló, tomándome afablemente del brazo—. ¡Tantos años siguiendo sus viajes a través del espacio...! ¡Y ahora le tengo aquí, puedo tocarle! ¿Sabe una cosa, comandante? —se detuvo un momento y me miró con profundo interés—. Usted y yo somos dos personas complementarias. Yo soy un teórico del espacio infinito, pero usted lo conoce de cerca. Y créame, Allan, le envidio.

Me empujaba insistentemente hacia el exterior y yo le obedecí de buen grado. Una ráfaga huracanada nos golpeó en el pecho y alborotó los grises cabellos del viejo profesor Garland.

Avanzamos unos pasos a pesar de la furia del viento.

—Esa máquina, profesor, el Worldtracer, parece algo mágico, casi irreal —dije.

—Es un portento. Docenas de hombres de ciencia se han esforzado en hacerla posible —confesó con voz profunda. Y añadió—: Sólo lamento un hecho irreversible: que pertenezca a Douglas

Manchester.

—¿Por qué razón? —pregunté, impresionado a pesar mío por el tono de profunda decepción del sabio.

—Manchester es un ególatra y un profundo egoísta —respondió, soportando estoicamente la furia del viento desatado—. Esa nave... Comandante Talbot: el Worldtracer podría ser un instrumento de esperanza en manos de personas responsables, hombres con sentido ético y trascendental, pero...

—Siga, se lo ruego —supliqué al ver que vacilaba y dirigía una mirada recelosa a su alrededor.

—No mire hacia atrás, comandante: nos están vigilando —susurró, pero hizo un aspaviento y rió con risa loca. En brusca mutación me miró de reojo y dijo—: Manchester me ha humillado, vejado y torturado hasta el límite, querido Allan. Y no terna, no estoy loco. Sólo trataba de disimular al hacer esa pantomima. Le aconsejo que haga otro tanto: ría como si acabase de escuchar el chiste más hilarante... Así, muy bien; sigamos...

Para cualquiera que nos estuviera observando parecíamos una pareja de viejos conocidos que estuvieran recordando divertidas anécdotas del pasado, pero la verdad es que tanto el profesor Garland como yo nos sentíamos tensos y sin ganas de bromas.

—Hemos trabajado en el Campamento III bajo condiciones infrahumanas —confesó el viejo sabio—. Pasamos todas las humillaciones que pueda imaginarse: extorsiones a nuestros familiares, hambre, miseria, padecimientos..., hasta llegar al sadismo más feroz. Al fin, el Worldtracer es algo tangible, real... Pero... —Garland oprimió mi brazo nerviosamente—. Hablo en nombre de todos los científicos que hemos sido víctimas de Douglas Manchester: no permita usted que ese canalla pueda utilizar la nave para sus egoístas fines.

Nos habíamos alejado unos cincuenta metros de los pabellones. Dos policías DM vinieron rápidamente hacia nosotros y nos encañonaron con sus armas.

—Por favor, vuelvan. Acaban de traspasar la zona de seguridad —nos advirtieron.

Dimos media vuelta. En la explanada, los rotores de un gran helicóptero comenzaron a funcionar levantando tolvaneras de polvo hacia nosotros.

—¿Me lo promete, Allan? —susurró Garland a mi oído, al tiempo que me abrazaba afectuosamente.

—Se lo juro, profesor —le susurré al oído—. Manchester no se saldrá con la suya.

El viejo profesor se alejó hacia el helicóptero y yo volví despacio hacia los pabellones.

Bonnie estaba esperándome con ansiedad y se abrazó a mí y me besó en los labios.

Su cuerpo, tibio y elástico, poseía la capacidad de enardecerme hasta el límite humanamente soportable. Y yo no estaba para soportar nada.

CAPITULO IX

Cuando vi por primera vez el Worldtracer me sentí profundamente desencantado. Había pensado contemplar una maravillosa astronave de formas aerodinámicas y bello acabado metálico y… ¿qué era lo que podían contemplar mis ojos en el profundo silo de la base lunar Beta? Una especie de monstruoso erizo de noventa metros de longitud, sesenta de anchura por unos treinta metros de grosor.

—Parece un colosal galápago erizado de púas —fue la espontánea opinión de Bonnie. Y yo estuve inmediatamente de acuerdo con ella.

Pero cuando Douglas Manchester murmuró unas cuantas palabras al oído del ingeniero de servicios Errol Dikens, éste manejó su monitor y la enorme panza de la astronave se desgajó en dos mitades y nos mostró un complicado sistema de escalas mecánicas, ascensores y accesos, cegadoramente iluminados, que nos obligó a irrumpir en exclamaciones de sorpresa.

—Adelante —invitó Manchester, con un ademán ampuloso.

Diez personas penetraron en un ascensor cilíndrico iluminado tenuemente. La abertura se cerró y… volvió a abrirse inmediatamente. Un gran pasillo metálico nos recibió, el ingeniero Dikens tecleó en su monitor y se descorrió un panel: estábamos en una espaciosa cabina de navegación dotada de sofisticadas y raras pantallas de control ante las que se alineaban media docena de sillones telescópicos, orientables y desplazables. Todo tenía un brillo tenue, irreal, pero suficiente para que la luminosidad fuese diáfana, sin fatigar la vista.

—El puesto del navegante, del copiloto, del tercer navegante, del ingeniero de comunicaciones, del meteorólogo, del astrónomo, del observador… —iba explicando Errol Dikens. Y Manchester nos contemplaba a todos como si fuésemos elementos de un coro dispuestos a aplaudirle constantemente.

Sin detenernos, recorrimos las distintas dependencias de la estructura interior: cabinas individuales, servicio médico, salón de recreo, bodega, planta eléctrica…

No nos mostraron la planta de energía magnética, ni los almacenes que permanecían herméticamente cerrados a popa. Pero yo no reparé demasiado en ello entonces… La verdad era que me sentía electrizado, emocionado, pleno de entusiasmo y de ansias de tener bajo mi responsabilidad la maravillosa máquina.

Media hora después, descendíamos. Manchester, que se hacía

acompañar invariablemente por Ben Tweeze, su corpulento jefe de seguridad, se reunió conmigo, cuando descendimos al piso del silo.

—¿Satisfecho, comandante Talbot? —comentó. Y al ver mis ojos brillantes, sonrió—. Suponía que llegaría a sentirse tan enardecido como yo. Realmente, el Worldtracer es algo fascinante. ¿No es algo emocionante?

Asentí. Bonnie nos observaba con gran atención a unos metros de distancia.

—Sí, es apasionante —confesé apasionadamente—. El Worldtracer puede desempeñar un papel decisivo para el bien de la humanidad. Nos ayudará a encontrar otros mundos donde la vida sea más fácil y segura que en la Tierra.

Los ojos de Douglas Manchester relucieron extrañamente.

—Celebro que concordemos en nuestra visión de las posibilidades de esta maravillosa nave —respondió. Y se alejó en compañía de Tweeze.

Bonnie se reunió conmigo.

—Es…, es alucinante, ¿verdad? —exclamó—. Viendo algo tan perfecto, incluso llego a sentir una especie de pánico.

—¿Pánico? ¿Por qué? —pregunté, preocupado.

—No me hagas caso —respondió desviando los ojos—. Seré feliz de todas formas, a condición de estar junto a ti.

Era admirable la entrega y la lealtad de aquella mujer.

Jamás me pedía nada ni me hizo el menor reproche. Y sin embargo, se entregaba a mí con toda confianza.

Por desgracia, yo no era tan ingenuo ni tan noble como ella. Aceptaba sus caricias y el placer que su compañía me entregaba, pero ¿qué le daba yo a cambio? Nada, a excepción quizá, de efímeros momentos de apasionamiento.

Durante siete días permanecimos en la base lunar Beta. Durante aquellas jornadas, Errol Dikens se esforzó en mostrarme el funcionamiento y gobierno de la astronave. Al mi mismo tiempo, el resto de la tripulación se hacía cargo de las respectivas dependencias y se familiarizaban con las instalaciones y máquinas que deberían manejar.

Douglas Manchester, que había traído con él a su temible «Anghor» en la nave Moonearth que nos había trasladado a la Luna, se paseaba por las espaciosas dependencias de la base Beta y supervisaba personalmente hasta la más mínima fase de entrenamiento de los tripulantes.

Bonnie me dijo en una ocasión:

—Me da miedo esa fiera, Allan. ¿No lo has observado? Siempre que estás presente, el tigre te mira fijamente sin perderte de vista un solo segundo.

— ¡Tonterías! —dije—. Es sólo un animal…

Pero, poco después, Frank Jarrell, mi copiloto, me hizo una observación en el mismo sentido.

—Me crispa los nervios. ¡Ese tigre no te pierde de vista, Allan!

Un tanto inquieto, pero sin llegar a perder la serenidad, advertí que tanto Bonnie como Frank tenían razón. Siempre que aparecía Manchester llevando a «Anghor» de una cadena dorada, el felino clavaba en mí sus amarillos ojos y seguía cada uno de mis movimientos. No miraba a nadie entonces: solamente a mí, insistente y obsesivamente.

—Si yo fuera supersticioso, pensaría que «Anghor» es el mismo Satanás reencarnado en el cuerpo de una fiera —me dijo Bonnie al día siguiente.

Douglas Manchester estaba en el silo y el tigre me vigilaba realmente, sin perder el más leve de mis gestos.

Con un gran esfuerzo de voluntad, conseguí olvidarme; de «Anghor» y de su atosigante vigilancia.

Sabíamos que la partida hacia el lejano Horix se produciría en un plazo no superior a setenta y dos horas, dentro del cual se darían las circunstancias idóneas para la marcha.

La tripulación constaba de treinta y cuatro tripulantes y dos únicos pasajeros: Douglas Manchester y su inquietante tigre «Anghor».

De los treinta y cuatro pasajeros, catorce éramos hombres y dieciséis mujeres. Pero el grupo de seguridad que dirigía el hermético Ben Tweeze estaba formado por cinco hombres y dos jóvenes mujeres de aspecto un tanto hombruno. Parecía un tanto exagerado el grupo de seguridad para treinta y cuatro pasajeros y así se lo hice constar a

Douglas Manchester antes de partir, pero el magnate resolvió el asunto afirmando que todos los miembros eran titulados y expertos que podrían relevar a los demás tripulantes en caso de necesidad.

Treinta horas más tarde llegó la hora H. Eran las 22.30 —hora de Greenwich— cuando llegó el aviso.

—¡Tripulación del Worldtracer debe estar dispuesta en cuarenta minutos! Acóplense sus equipos y trasládense al silo A. ¡Tripulación del Worldtracer…!

Fue todo muy rápido, porque en realidad permanecimos todo el día pendientes de aquel momento mágico en que nuestra astronave-erizo se elevase sobre la superficie del satélite.

En menos de veinte minutos, los tripulantes estábamos formados en el silo A. Manchester apareció poco después. Se había puesto un uniforme azul de apariencia vagamente militar y aparecía muy excitado.

—Comandante Talbot —«Anghor» me miraba fijamente—, dé orden a la tripulación para que suba a la astronave.

Pulsé mi monitor y ascendimos por las escaleras y ascensores de la estructura interior. Luego cada uno fue a su puesto sin esperar ninguna indicación… ¡Habíamos ensayado tanta veces los mismos movimientos…!

Manchester vino a la cabina de navegación donde nos encontrábamos los tres pilotos, el ingeniero de comunicaciones, el astrónomo y el observador…

Al girarme en mi asiento, cuando ya las pantallas de televisión nos mostraban imágenes de la techumbre metálica del silo, descorrida, vi a Douglas Manchester y a su tigre, que jadeaba levemente y me miraba sin parpadear.

Mis manos temblaron.

—¡Señor Manchester! —estallé—. ¿Quiere llevarse a esta fiera de aquí? ¡Su tigre me impide concentrarme!

«Anghor» lanzó un rugido profundo, espeluznante, y sus zarpas arañaron el pavimento plástico. Pero Manchester pronunció unas palabras en un idioma desconocido —supongo que era un dialecto hindú—, tiró levemente de la cadena dorada y sacó a «Anghor» de la cabina de navegación.

A partir de ahí, todo se desarrolló fácilmente. Di potencia a los propulsores de base y el Worldtracer despegó del suelo sin una sola vibración y ascendió verticalmente. La pantalla de televisión me dio una imagen del globo terrestre, envuelto en una pálida y luminosa luz.

Tres mil metros, cinco mil, diez mil..., treinta mil, cincuenta mil, iba señalando la esfera del altímetro electrónico.

A los ciento diez mil metros, oprimí la palanca señalada con las palabras «*magnetic power*». Súbitamente vi surgir una lengua rojiza y luminosa en la pantalla del televisor... ¡Era verdaderamente como una maravillosa alfombra escarlata que se extendía miles de kilómetros ante nosotros hasta desaparecer en el terciopelo mate del espacio!

Elwood marcó la derrota y yo tecleé los datos en el piloto automático.

El poderoso Worldtracer se movía ya... ¡a veinte mil kilómetros por segundo!

Miré a mis camaradas, profundamente emocionado. La astronave no experimentaba la más ligera vibración y nuestro estado físico era semejante al de un grupo de desocupados personajes que tomase un café alrededor de una mesa situada en la terraza de alguno de los establecimientos de la Place de l'Etoile, en París.

Frank Jarrell, Elwood, Randolph, el meteorólogo, John Arrow, el astrónomo Pad Potter, el ingeniero de telecomunicaciones y yo... nos contemplábamos entre sí llenos de regocijo y de emoción contenida...

—¿Habéis visto? —estallé—. ¡Tan fácil como pilotar en un simulador de vuelo...!

Elwood reía como un chiquillo y Potter guiñaba los ojos, feliz, mientras permanecía atento a su panel de intercomunicaciones.

—Derrota correcta —anunció, cuando decreció un tanto nuestra expansiva excitación—. Acabo de recibir la confirmación del observatorio de la base Beta.

—¡Espléndido! —exclamó Frank Jarrell—. ¿No podríamos celebrarlo con un brindis?

—¿Por qué no? —respondí yo, satisfecho.

— ¡Por qué no! —repitieron los demás alegres.

—Sal y pídele un par de botellas de champaña a nuestra

incomparable Gladys Wilson —dije a Ted Elwood.

—Ábreme —respondió, y saltó ágilmente de su asiento.

Pulsé el monitor electrónico para deslizar la puerta de la cabina. Pero el metálico panel no se movió. Volví a intentarlo una y otra vez, sin el menor resultado práctico. Los hombres que compartían conmigo la cabina de navegación me dirigían miradas de inquietud.

Furioso y disgustado, pulsé las cifras de comunicación con Manchester. Iba a decirle unas cuantas cosas, iba a dejar claro que...

La puerta se abrió en aquel instante. El inexpresivo Ben Tweeze me tocó en la espalda y pronunció secamente:

—El señor Manchester tiene que hablar con usted, comandante.

—Tanto mejor —respondí airado—. También yo tengo algo que decirle.

Abandoné mi puesto y salí de la cabina, seguido por las miradas de mis compañeros. Me sentía sumamente irritado y estaba dispuesto a dejar las cosas en su sitio.

Tweeze se detuvo ante la blindada puerta de la cabina de Manchester. Pulsó unas cifras en su monitor de espaldas a mí y se abrió la puerta. Entramos.

Nuestras cabinas personales eran suficientemente cómodas, aunque algo estrechas, pero el millonario había trasladado al Worldtracer todas las comodidades y lujos de su fabuloso estudio del Campamento I. Mis ojos se posaron en los tapices, en los artísticos muebles tallados, en las plantas, en las exóticas flores... y en el enorme animal que yacía a los pies de Douglas Manchester...

—Le veo fuera de sí, comandante —observó el magnate, envuelto en su túnica de púrpura y oro.

—Acierta. He intentado abrir la puerta de la cabina de navegación y me ha sido imposible. Espero que pueda explicarme...

Manchester entornó los ojos. El tigre se irguió lentamente.

—Usted no puede exigirme nada, comandante Talbot. Precisamente le he hecho venir aquí para decírselo. Se comportó usted desconsideradamente conmigo y con «Anghor», en la cabina de navegación. Lo pasaré por alto esta vez, pero recuérdelo, usted es un empleado mío y sólo obedecerá mis órdenes —pronunció con

estudiada lentitud.

La ira me ofuscó. Avancé un par de pasos y estallé.

—¿Quiere decir que pretende mantenernos encerrados en las diversas dependencias, como si fuéramos esclavos suyos? Si es eso lo que piensa, no cuente conmigo.

Di media vuelta furioso, dispuesto a abandonar la lujosa estancia.

Y entonces escuché el rugido de «Anghor». Era un trémolo grave y profundo, aterrador.

Noté que el aire se desplazaba a mi espalda y en seguida unas zarpas que se hincaban profundamente en mis músculos. Luego, la pesada mole del felino me aplastó contra el suelo.

A pesar de todo, me revolví, decidido a luchar contra el tigre antes de que sus colmillos desgarrasen mi cuello.

Gruesos goterones de mi propia sangre velaron mis ojos.

Al fin, aclaré mi visión de un manotazo y alcé los brazos con las manos crispadas.

Los colmillos de «Anghor» —terribles alfanjes de diez centímetros de longitud— brillaban a escasa distancia de mi cuello. Vi la enorme cabezota, los quietos ojos dorados, el inmenso cuello de la bestia… y comprendí que yo apenas era una sabandija bajo las zarpas del poderoso felino.

El vaho que salía de sus fauces acarició mi rostro. Cerré los ojos…

Entonces volví a oír las exóticas palabras hindúes. De pronto sentí que cedía la opresión sobre mi pecho y abrí los ojos.

«Anghor» se había retirado dócilmente unos metros y se echaba a los pies de Douglas Manchester como un gatito inofensivo.

—Deploro lo ocurrido —pronunció el millonario—. Créame, a mí mismo me ha sorprendido la reacción de «Anghor»… Sin embargo, tengo que insistir, comandante Talbot: la astronave me pertenece y con ella todos los hombres y mujeres que viajan en ella.

Reí sin ganas. De mi espalda afluía abundante sangre.

—¡No diga estupideces, Manchester! Yo no me he vendido a usted… —exclamé.

Avanzó despacio hacia mí. Sonreía melifluo.

—¿Cómo puede decir eso? ¿Es que no leyó las distintas cláusulas del contrato? —pronunció.

CAPITULO X

Volví en mí muchas horas después. Me encontraba en mi cabina, tendido sobre el lecho y con el pecho vendado. Bonnie Carpenter permanecía sentada con un libro en las manos, de espaldas a mí, no muy lejos del lecho. Su largo cuello describía una línea airosa, perfecta, y su perfil guardaba una atrayente armonía con su busto en escorzo.

—Estoy aquí, Bonnie —susurré.

Se volvió rápidamente y su rostro resplandeció. En seguida se inclinó sobre mí y me besó tiernamente. Luego, sus dedos tibios colocaron la ropa de la cama en orden y se me quedó mirando.

—Allan... Estás aquí, sí. Pero también estás a un millón de años luz de aquí.

—¿Por qué dices eso? —pregunté, confuso.

—¿Por qué? —esbozó un gesto amargo—. Me tienes entre tus brazos y me amas, sí. Pero sólo es un momento, un chispazo. Luego, tu alma huye, tus ojos miran al vacío... ¿Por qué? ¿Acaso sigues amando a aquella mujer..., Claire Adams?

Inclinada sobre mí, parecía sedienta de caricias. Pero no la toqué.

—¿Claire? ¡No, no! Aquello terminó...

—¿Entonces?

Desvié la mirada. Ella tenía razón... ¡en cierto modo! ¿Cómo podría explicar yo a una mujer como Bonnie que yo odiaba ligarme sentimentalmente a ninguna mujer?

¿La amaba, en realidad? Cierto que buscaba su compañía, que vivía intensamente con ella, que me sentía inundado de sexualidad y de placer cuando nos entregábamos el uno al otro, pero ¿era eso amor?

—Borra ese gesto de tu rostro. Eres demasiado joven para tener arrugas —bromeé-. Dime ¿qué novedades hay?

Bonnie sonrió maquinalmente. Era preciosa... ¡y tan deseable...!

—El patrón, a través de su jefe de seguridad, Tweeze, ha establecido un rígido horario de trabajo: doce horas de servicio por otras tantas de descanso. Lo peor es que nos mantienen incomunicados, sólo nos juntamos a la hora de comer y no nos

permiten recreos en común ni ningún otro acto comunitario. ¡Es... odioso! ¿Por qué ahora? Si atravesáramos una situación de emergencia, estaría justificado, pero el Worldtracer navega automáticamente y sólo son precisos algunos servicios permanentes, como telecomunicaciones, meteorología o astronomía. Ese hombre parece gozar con nuestro aislamiento, Allan. Pero además...

—¿Qué?

Bonnie se mordió los labios. Se diría que espontáneamente ella había comenzado a hablar de algo que, con la fría razón, prefería mantener en secreto.

—Nada.

—Quiero saberlo. Sea lo que sea —exigí.

—No quería preocuparte —confesó—. Al parecer, a Manchester no le son indiferentes las mujeres. Cada vez que me cruzo con él me mira... Bien, no quisiera equivocarme, pero sospecho que un día u otro me invitará a visitar su *suite*. Y no servirá de nada negarme. Tweeze y sus acólitos tienen poder y autoridad para todo.

Rechiné los dientes, rabioso. Y precisamente en aquel momento comprendí que amaba a Bonnie apasionadamente, pues bastaba imaginármela en brazos de Douglas Manchester para que un rencor profundo estallara en mi pecho.

Desesperadamente, busqué una salida a la sombría situación. ¡Si pudiera hacerme con un arma...! Estaba seguro de que si pudiera robar un simple cuchillo degollaría a Manchester antes de que el temible «Anghor» cayera sobre mí. Al fin y al cabo, si yo estaba a bordo del Worldtracer era con el único objeto de vengarme del millonario.

Sin embargo, hube de confesarme a mí mismo que obtener un arma era imposible. Ben Tweeze y sus seis guardias eran los únicos que tenían acceso al depósito de armamento. Había sido muy fácil: todos los cierres eran electrónicos y sólo Manchester y su equipo de seguridad conocían las claves para franquearlos.

Pero debía haber algún modo..., ¡debía haberlo!

De repente, pregunté a Bonnie:

—¿Cuántos días de navegación llevamos?

—Seis. Has estado cinco días inconsciente. Tus heridas eran muy

profundas y dolorosas y el doctor Franken prefirió mantenerte dormido. Ahora estás fuera de peligro y el doctor Franken me permitió venir a verte, como una excepción.

—¡Seis días! —exclamé, excitado.

Hice un rápido cálculo mental. Si la velocidad de crucero de la nave no se había alterado y el piloto automático mantenía la derrota marcada, dentro de unas horas estaríamos a la altura del océano magnético de Van Aikan. El Worldtracer pasaría rozando la zona de máxima excitación magnética. Si no se alteraba a tiempo la derrota, la astronave sufriría graves perturbaciones que incluso podrían provocar su destrucción.

Ni Jarrell ni Elwood estaban familiarizados con los efectos magnéticos del océano de Van Aikan, de modo que...

Bonnie se puso en pie.

—Tengo que marcharme, es la hora —dijo, nerviosa—. ¿Te cuidarás, Allan?

—Más que nunca, amor mío —respondí.

Sus facciones se enternecieron.

—¿Has dicho *amor mío*? —preguntó emocionada.

Pero yo no respondí. Tomé su rostro entre mis manos, acerqué sus labios a los míos y la besé profundamente.

Cuando nos separamos, me disponía ya a decirle algo cuando enmudecí. Al fin y al cabo, ¿qué garantías tenía yo de que Manchester o sus lacayos no estaban escuchándonos? Me propuse ser cauto a partir de entonces y despedí a Bonnie.

—Vete. Dile a Tweeze que necesito hablar con él —dije.

La puerta se abrió silenciosa. Tweeze, alto y erguido, estaba allí.

—Le he oído, comandante —dijo cuando Bonnie salía—. ¿De qué se trata?

—Necesito algunos datos sobre navegación. Haga venir a Frank Jarrell.

—Bien —respondió. Y la puerta se cerró.

Jarrell entró en mi cabina poco después. Parecía un poco

alterado.

—No lo comprendo —me dijo, después de interesarse por mis heridas—. Los instrumentos de navegación cometen errores sucesivos desde hace un par de horas. ¿Conoces el motivo?

—No tengo ni idea —respondí. Y le pedí los datos de navegación.

En cuanto los supe, tuve la seguridad de que la perturbación a que Jarrell se refería era provocada por la proximidad del Worldtracer al torbellino magnético del océano de Van Aikan.

Cuando Frank se marchaba, entró el doctor Franken. Me pidió que le mostrara la espalda, examinó mis heridas a medio cicatrizar y me puso una inyección.

—Duerma —dijo—. Le vendrá bien.

Yo no quería dormirme, pero el sueño me llegó bruscamente y perdí la consciencia.

Cuando desperté habían transcurrido seis horas. Franken me había puesto otra inyección para reanimarme y Ben Tweeze me sacudía brutalmente.

—¡Despierte, Talbot! ¡Despierte, despierte, despierte…! —gritaba fuera de si.

Parpadeé confuso. Tweeze parecía aterrado y temblaba como un gozquecillo.

—Suelte al comandante, Tweeze, o conseguirá que sus heridas se abran —le ordenó con energía el doctor Franken.

Tweeze me soltó y yo caí pesadamente sobre el lecho. Entonces vi que había otras personas en mi cabina: Manchester, Randolph y dos agentes de seguridad. ¡Y todos parecían dominados por el más intenso pánico…!

—¿Qué…, qué ocurre? —pregunté con torpeza, todavía bajo los efectos del sueño provocado.

—¿Es que no lo nota? —exclamó Manchester inquieto—. La astronave vibra, a punto de desintegrarse, y los aparatos de control han dejado de funcionar. —Manchester se volvió hacia los del grupo de seguridad—. ¡Vamos, saquen de aquí al comandante y llévenlo a la cabina de navegación!

Alcé una mano lentamente. ¡Por fin había llegado la hora de mi revancha!

—Un momento —pedí—. No conseguirá nada a la fuerza, Manchester.

Palideció.

—¿Qué quiere decir? —exclamó, histérico—. ¡Usted conoce esta ruta y debe saber el motivo de esta tremenda perturbación!

—Si. Estamos en mitad del océano magnético de Van Aikan —confesé—. Dentro de quince minutos, el Worldtracer estallará, sometido a la potentísima tensión magnética. Y sólo hay un responsable: usted, Manchester. Si su tigre no me hubiera herido, yo estaría en la cabina y esta catástrofe no hubiera tenido lugar.

—¡Pero usted todavía puede evitar que…! —exclamó, lívido de espanto.

—Tiene razón: puedo. Pero no moveré un solo dedo si no me promete un trato humano y digno para toda la tripulación. Aún más: encierre a «Anghor» en su cabina y no lo saque de allí hasta el final del viaje —exigí serenamente.

Manchester me miró fijamente. Su expresión crispada expresaba maldad. Entonces, súbitamente, comprendí que aquel hombre me odiaba tanto como yo a él.

Vaciló, sus mandíbulas se tensaron. Pero las personas que me rodeaban clavaron en él sus ojos aterrorizados, exigiéndole sin palabras una respuesta.

—Sea —farfulló al fin. Y desvió su mirada, humillado.

—Una cosa más, patrón —dije—. Olvídese de Bonnie Carpenter. Aunque ella firmase un contrato como los demás tripulantes, Bonnie no le pertenece.

Asintió en silencio. Y luego salió bruscamente de la estancia. Entonces pedí al doctor Franken que me ayudara a incorporarme y los hombres del servicio de seguridad me llevaron en volandas a la cabina de mandos.

Era hora ya. En las pantallas destellaban, fulminantes, caprichosos trazos luminosos y los aparatos de medición y control facilitaban datos incoherentes y erróneos.

Sin apoyar, mi espalda en el sillón telescópico, tomé la palanca y desconecté la energía magnética. Simultáneamente cedió un tanto la intensa vibración y el sonido que hería los oídos bajó de tono. Las pantallas de televisión fijaron sus imágenes y todos los que nos encontrábamos en la cabina las contemplamos ansiosamente.

Delante de nosotros se extendía un chisporroteante maremágnum de agitación magnética que formaba aspírales rapidísimas y múltiples explosiones anaranjadas que se deshacían en torbellinos color violeta.

Poco a poco, el tono escarlata del océano de Van Aikan se fue haciendo más y más tenue hasta tomar un color rosado. ¡Estábamos siendo despedidos de su núcleo!

Cuando el color palideció aún más, conecté la energía magnética y la alfombra púrpura salió disparada como un dardo de fuego ante el Worldtracer. Luego, de repente, la vibración cedió y el silbido dejó de oírse… hasta el punto de que, por un momento, temí haberme quedado sordo.

—Derrota —pedí con energía. Y Ted Elwood, abstraído, tardó unos segundos en reaccionar.

—Derrota establecida —murmuró Pad Potter, tragando saliva.

Entonces me di cuenta de que mis camaradas me miraban fijamente, con intensa admiración.

Fui a levantarme y… la sangre corrió abundante por mi espalda. Las rodillas se me doblaron, la cabina giró locamente ante mis ojos… y golpeé pesadamente el pavimento, de bruces.

CAPITULO XI

El enorme Júpiter, con su rosario de vistosos satélites, se había perdido ya en el aterciopelado mate del espacio. Saturno era visible en nuestras pantallas como un vibrante puntito rosado.

Habían transcurrido ya setenta y seis días de navegación. Douglas Manchester había cumplido su promesa: los tripulantes fuera de servicio podían reunirse libremente, organizar recreos y moverse a su antojo dentro de la nave. Pero yo sabía que la actitud del patrón no se debía a su recto sentido de la palabra dada, sino al miedo. Sencillamente, temía que a lo largo del itinerario pudieran producirse nuevas ocasiones de peligro que sólo yo podría resolver.

Con todo, Bonnie no había sido molestada y «Anghor» había sido recluido en la fastuosa cabina de su dueño.

Yo me encontraba descansando en mi cabina, cuando Pad Potter vino a verme muy excitado.

—¿Qué ocurre?

—No quiero interrumpir tu descanso, Allan, pero lo que acabo de ver me intranquiliza —declaró—. Es el traductor automático del método Pitford: hace seis horas recogió unas clarísimas palabras. .

El método Pitford era un ingenioso sistema de comunicación basado en ideogramas, algo semejante a los jeroglíficos egipcios. El traductor automático podía recibir señales y traducirlas al lenguaje corriente.

Las comunicaciones Pitford se habían utilizado muy a menudo, dirigidas a contactar con seres de otros mundos. Su eficacia estaba más que probada, pero jamás se había recibido ningún mensaje que no proviniera de seres humanos como nosotros.

—¿Cuáles eran esas palabras? —pregunté a Potter, intrigado.

Imaginaba entonces que se trataría de algún mensaje de la base lunar Beta o, en otro caso, enviado desde la Tierra.

—Léelo tú mismo —dijo Pad. Y me entregó un trozo de papel impreso.

Pasmado de asombro, leí aquellas frases.

Atención... Aviso a los que hayan de venir...

Atención... Aviso a los que hayan de venir...

Atención... Aviso a los que hayan de venir...

No había más. Sólo aquellas palabras repetidas tres veces.

—¿Sabes lo que significa esto?

—Lo mismo que tú —respondió Pad perplejo—. Pero de una cosa estoy seguro: el mensaje no proviene de la Tierra ni de su satélite.

—¿Cómo lo sabes?

—Son señales de radio, evidentemente, pero las mediciones que he llevado a cabo indican el origen: Alpha-Centauro.

—¿Horix? —quise saber.

—No lo sé. El espacio y las posibilidades son infinitas. Pero tenemos un dato concreto: las señales se repiten exactamente cada trescientos sesenta minutos —respondió Potter.

—¿Lo sabe Manchester?

—Sí. Ya sabes las instrucciones: hay que informarle del más pequeño incidente que se registre. Se mostró muy interesado. E insistió en conocer tu opinión. ¿Qué puedo decirle?

Me encogí de hombros.

—No tengo ni idea. Lo único que podemos hacer es permanecer atentos a la próxima comunicación. Si es que se produce —contesté.

Y se produjo, matemáticamente exacta, seis horas más tarde. Manchester estaba en la cabina cuando el traductor del sistema Pitford se detuvo, arrancó impulsivamente la tira de papel fotosensible.

Luego me lo entregó en silencio. Lo lei:

Atención... Aviso a los que hayan de venir...

El peligro está entre vosotros... Entre vosotros...

—¡Esto es una broma de mal gusto! —barbotó Manchester—. ¡Pero antes o después descubriré a su autor…!

Y se marchó. Potter, yo y todos los que nos hallábamos en la cabina de navegación nos miramos en silencio, sonreímos y luego estallamos en una carcajada un tanto nerviosa.

—Manchester está perdiendo la serenidad —dije—. Los nervios le fallan.

Estudiamos atentamente aquellas frases del mensaje, pero finalmente no encontramos un resultado coherente. Pedí a Potter que se comunicara con la Tierra y la base lunar Beta, con el fin de pedir confirmación a la posible emisión de mensajes por el sistema Pitford.

(Un centro de estudios astronómicos situado en California se dedicaba a emitir mensajes a las estrellas.)

La respuesta llegó unas horas más tarde: no se habían emitido mensajes en Pitford. Aquellas experiencias se habían abandonado años atrás. El texto que Potter envió a la Tierra era desconocido.

A partir de aquel momento el fenómeno nos apasionó. Yo apenas abandonaba la cabina de navegación para descansar y ello durante el tiempo imprescindible. Lo mismo hacían Jarrell, Elwood, Randolph, Arrow y Pad Potter.

A cada nuevo mensaje, el contenido variaba y aumentaba en proporción de ideas.

Aviso a los que hayan de venir… Manteneos

lejos de Oyreeks (¿Horix?)… Aprended la lección…

Nuestro egoísmo, nuestra soberbia y nuestra falta

de generosidad…

—Esto es nuevo, más concreto —advirtió Jarrell, excitado—. Si Oyreeks es el planeta Horix, se nos conmina claramente a que no nos acerquemos. Podría ser peligroso…

Manchester llegaba a la cabina de navegación sin avisar. Siempre justamente cada seis horas, en el momento en que el traductor Pitford comenzaba a moverse.

Parecía haberse convencido de que no se trataba de una broma ingeniada por alguno de nosotros —Tweeze era ingeniero electrónico —, y fingía no tomar en serio el significado de los enigmáticos mensajes. Pero se le veía hondamente preocupado.

Entretanto, el asunto había trascendido al resto de la tripulación, que se mostraba ya absolutamente pendiente de cada nuevo mensaje.

Y llegó el siguiente.

Atención… Aviso a los que hayan de venir… Nuestra falta de solidaridad, nuestra ambición y nuestra crueldad… nos llevó a la catástrofe… Murieron…

Manchester pidió una copia del mensaje y se marchó, irritado. Sin embargo, volvió poco después.

—Comandante, es preciso dar por terminado este juego estúpido. ¿Saben que han conseguido que esos locos mensajes trascendieran al resto de la tripulación? —me sermoneó—. Ahora todos están obsesionados, temerosos. Esta es mi orden por tanto: se terminaron las escuchas.

Me volví en el asiento telescópico y le miré fijamente.

—Pero, patrón, usted mismo ha dicho que se trata de un juego —respondí sarcástico—. ¿Pretende que hagamos como el avestruz? Muy bien, usted manda. Pero esas informaciones podrían ser utilísimas para nosotros. ¿Quién sabe cuál va a ser el contenido de los próximos mensajes?

Vaciló. Parecía considerar mis palabras.

—Bien, nos mantendremos a la escucha, pero les prohíbo terminantemente que hablen de este asunto con el resto de la tripulación. Digan solamente que las emisiones han cesado. Eso es todo —dijo. Y se marchó.

Aquel mismo día, Pad Potter hizo un descubrimiento inquietante.

—El origen de las emisiones recogidas por el aparato Pitford se encuentra en algún punto de nuestro itinerario, delante de nosotros —declaró.

—¿En Horix, en ese extraño Oyreeks? —le pregunté ansioso.

—¡Ojalá pudiera precisarlo! Lo que sí puedo precisar es que las señales aumentan de potencia a medida que avanzamos en el espacio. Lo cual quiere decir que nos acercamos al punto donde se originan los mensajes —respondió, preocupado.

CAPITULO XII

De repente, cesaron los mensajes.

Obsesionados, permanecimos a la escucha horas y horas. Anhelantes mirábamos con fijeza el aparato Pitford, esperando que el traductor automático comenzara a funcionar.

Pero transcurrieron tres días y el traductor permanecía inmóvil y silencioso.

—Es extraño, muy extraño —repetía Potter, pensativo—. Se diría que han callado para evitar que pudiéramos localizarles.

Pasaban los días. Neptuno y Plutón quedaban atrás y el Worldtracer se alejaba vertiginosamente de ellos en línea tangencial, en progresión hacia el sistema solar Sventor, del que formaba parte el planeta Horix.

Potter se sentía decepcionado.

—Jamás sabremos de dónde venían esos mensajes ni quién los ha enviado —solía lamentarse en sus prolongadas guardias ante el complejo de telecomunicaciones.

Pero yo me sentía muy excitado: al día siguiente, la astronave abandonaría nuestro sistema solar y penetraría en el vecino, nuevo, desconocido, inquietante quizá, pero que muy posiblemente nos mostraría secretos apasionantes.

Pad Potter, pálido y muy delgado, seguía ante sus aparatos, obsesionado. A veces, le veía agitarse, excitado, cuando lograba detectar alguna señal de radio. Pero los impulsos no pasaban al traductor automático y entonces Potter me miraba, desilusionado.

—Señales lejanas, indescifrables, que vienen de las remotas estrellas —decía con voz apagada.

Dos días después se produjo un incidente que nos atemorizó: súbitamente se apagaron todas las luces.

Fue inútil recurrir a los generadores de emergencia: a bordo del Worldtracer todo había dejado de funcionar.

Jarrel buscó su mechero electrónico y trató de iluminarse con él, pero el encendedor no funcionó a pesar de los sucesivos intentos de Frank, que juraba y perjuraba que el depósito estaba lleno de gas.

Fueron unos instantes de ciego pánico. Yo me puse en pie, tomé mi monitor electrónico y quise salir de la cabina, pero la puerta permaneció cerrada.

Habría transcurrido minuto y medio y el aire comenzó a enrarecerse. Sentí el ahogo y... pensé en Bonnie.

«¡Dios mío! —pensé—. Ella va a morir...»

En aquel momento volvieron las luces y todos los aparatos y sistemas volvieron a funcionar normalmente. El oxígeno entró en la cabina y todos respiramos con ansiedad, con los rostros y los cuerpos bañados en sudor.

El incidente había durado casi dos minutos. Ciento diez segundos habían bastado para sumirnos en la desesperación y el desconsuelo.

—¿Qué fue eso? —me preguntó Jarrel, que mantenía su mechero encendido y contemplaba la llama perplejo.

—Hemos cruzado la línea divisoria entre dos mundos —respondí. Y así era.

Al día siguiente, el brillante Horix estaba en nuestras pantallas de televisión. Su resplandor azulado recordaba el de la Tierra, pero el brillo de plata de sus dos casquetes polares era cegador.

Una gran excitación se apoderó de todos nosotros... ¡Lo habíamos conseguido! ¡Íbamos a descender sobre el remoto y bellísimo Horix! La alegría y el entusiasmo, propios de la aventura, había vuelto a nosotros. Incluso Douglas Manchester se mostraba más comunicativo y expresivo que de costumbre.

— ¡Ahí lo tenemos! —le oí murmurar—. Por fin, ahí está mi querido Horix... ¡Todo ha valido la pena!

Cuando pasó la excitación de los primeros momentos, lanzamos una sonda láser hacia el planeta. Dos horas después estaba enviándonos precisos datos sobre la densidad atmosférica, composición del aire, temperatura, constantes magnéticas, gravedad, composición de los estratos nubosos...

— ¡Perfecto, perfecto...! —exclamaba el patrón, que a partir de allí no se separó de mí un segundo. Me tocó levemente en el brazo y

dijo—: Vamos allá, señor Talbot.

Todas las miradas estaban pendientes de mí. Luego hablé a través de los intercomunicadores a la tripulación y le di las instrucciones para el descenso.

La energía magnética dejó de funcionar en cuanto el Worldtracer se situó en órbita alrededor de Horix. Rauda, la curvada superficie del gran planeta se movía bajo el vientre de nuestra nave.

Las sucesivas órbitas fueron describiendo una perfecta espiral a medida que nuestro colosal «erizo» descendía apoyado en sus propulsores de base.

Finalmente, el Worldtracer descendió en vertical y se posó como una gigantesca tortuga sobre la lisa superficie nevada.

* * *

La temperatura era de cuatro grados bajo cero a pesar de que Sventor, el llameante sol del sistema, lanzaba sus poderosos rayos sobre la superficie del planeta.

Douglas Manchester contemplaba, fascinado, el bellísimo panorama que se extendía ante nuestros ojos.

—¡Esto…, esto es lo que yo buscaba! ¡Un nuevo mundo limpio y elemental! ¡Jamás hollado por el hombre…! —exclamó, brillantes los ojos—. Un mundo a mi medida…

—¿Qué quiere decir? —le pregunté, elevando hasta el cuello mi chaquetón de gruesa piel forrada.

Me miró con una expresión indefinible, pero no respondió. Bonnie me cogió del brazo y distrajo mi atención. La miré con ternura: estaba bellísima envuelta en pieles de foca y con el rostro arrebolado por el frío.

—Es primavera en Horix —dijo John Arrow, nuestro astrónomo —. Espero que este verano lleguemos a los veinte grados de temperatura.

—¡Es primavera! —repitió Bonnie, arrobada. Y yo la oprimí contra mi cuerpo cariñosamente.

Eché una mirada a mi alrededor y vi a las treinta y cuatro personas que contemplaban, estupefactas, el nuevo mundo que ahora pisábamos por vez primera. Estaban silenciosos, impresionados,

íntimamente abstraídos por la contemplación de aquellas maravillas.

Bonnie había traído unos prismáticos y le pedí que me los dejara. A través de las lentes miré con ansiedad y vi, a lo lejos, el brillo cegador de una montaña de hielo. Luego giré despacio y fui viendo sucesivamente un bosque de altos árboles semejantes a eucaliptus, la mancha pardusca de una montaña y la superficie líquida que espejeaba hacia el sur.

Siguiendo las indicaciones de Arrow, había escogido para el descenso una zona despejada de nubes, a unos ocho mil kilómetros del ecuador. Más hacia el sur habíamos detectado una tormenta eléctrica e incluso ahora eran fácilmente distinguibles los nubarrones que se elevaban hasta diez mil metros sobre el suelo.

—La tormenta se desplaza hacia nosotros —anunció Arrow—, Lo más prudente es que volvamos a bordo.

Nadie quería volver a la astronave después de ciento veintiséis días de obligado enclaustramiento, pero lo cierto era que la tormenta avanzaba hacia el norte velozmente. La temperatura descendía sensiblemente v el sol desapareció de repente en medio de un torbellino de nubes rojizas.

Los tripulantes volvieron al Worldtracer de mala gana. Yo comprendía su estado de ánimo, pero era consciente de que había que demostrar cautela en un mundo prácticamente desconocido para nosotros.

—Tendremos que permanecer atentos —me dijo Arrow—, No podemos calcular la peligrosidad de una tormenta de nieve en Horix, pero existe el peligro de que la nave quedase sepultada bajo toneladas de hielo y nieve.

Por fortuna, la violenta borrasca apenas duró media hora. Se desplazaba hacia el norte vertiginosamente y sus efectos sobre el Worldtracer fueron mínimos: apenas una capa de hielo de un metro de espesor que se derritió fácilmente por la acción de los termorreguladores.

Esa noche pocos de nosotros consiguieron conciliar el sueño, dominados por la excitación y el ansia de explorar aquel mundo inédito.

Por desgracia, Manchester se encargó de rebajar nuestro entusiasmo.

—El equipo de seguridad hará la primera exploración, en evitación de sorpresas desagradables. Yo les acompañaré. Los demás permanecerán en sus puestos preparados para intervenir en caso de emergencia —dictaminó.

Cedimos de mala gana. Ben Tweeze y uno de sus hombres hicieron descender un rápido vehículo sobre orugas movido por energía solar y dotado de un motor auxiliar para el caso, de que se descargasen las baterías solares.

Manchester descendió majestuoso, acompañado de su temible «Anghor». Se diría que aquel hombre creía firmemente que el planeta entero le pertenecía, pensamiento este que no dejaba de inquietarme.

Descendimos las distintas partes de un helicóptero plegable y las montamos en poco más de una hora. Hacia el mediodía nos alejamos hacia el sur.

Desde unos quinientos metros de altura y en un cielo limpísimo y diáfano, divisamos la verde extensión meridional, los lagos y las curvas de los ríos que, nutridos abundantemente con las aguas de deshielo, se precipitaban a veces por temibles gargantas profundas.

A medida que avanzábamos hacia la línea ecuatorial, los hielos iban quedando atrás para dejar paso a la jungla espesa, a los pantanos y a los lagos.

De repente, Bonnie, que lo curioseaba todo a través de sus prismáticos, exclamó:

—¡Allí! ¡Allí!

Trepper dispuso sus cámaras de vídeo con urgencia y Randolph y yo dirigimos ávidas miradas adonde señalaba Bonnie, dominada por la excitación.

Vimos un claro en la jungla espesa.

— ¡Imposible! —exclamó Randolph—. Parecen... ¡ruinas!

—¡*Son ruinas*! —respondió Bonnie, temblorosa. Y me cedió los prismáticos—. ¡Mira...!

Maniobré con el helicóptero para detenerlo en el aire y cogí los prismáticos. Con la respiración suspendida, avizoré con rapidez.

Parecían ruinas, en efecto. Contemplados desde quinientos metros de altura, aquellas piedras y cascotes amontonados guardaban un

cierto orden que les asemejaba a construcciones semiderruidas.

— ¡Descendamos! —rogó Bonnie, entusiasmada. Y comprendí su agitación, pues era una erudita en temas arqueológicos.

Hice descender lentamente el aparato hasta cincuenta metros de altitud y busqué un lugar para que el helicóptero se posara. Descubrí una explanada de unos cuarenta metros de diámetro y entonces descendí sin dudar.

Antes de que abandonáramos el aparato sabíamos que estábamos contemplando las ruinas de una ciudad. No era de grandes proporciones, según pudimos observar, pero algunas de las construcciones eran airosas y guardaban armonía indiscutible con el resto de las ruinas.

Bajamos, llenos de estupor. Hice observar a nuestros compañeros que debíamos ser cautos, puesto que carecíamos de armas defensivas y no sabíamos lo que podíamos encontrar. Unidos en prieto grupo, avanzamos hacia uno de los edificios. Con vehemencia comprensible, Trepper dispuso sus cámaras y comenzó a filmar.

—Mira. La mayoría de esos edificios tienen entradas y aberturas circulares —dijo Bonnie, emocionada—. Se diría que han sido construidos por seres inteligentes.

Las ruinas habían sido atrapadas por la avidez de la vegetación. Sus muros parecían apresados por las raíces y las ramas, como si monstruosos arácnidos hubieran caído sobre sus presas.

En el suelo brillaba una chapa metálica de forma rectangular. Me incliné y la cogí. Limpié el polvo y los residuos vegetales adheridos y la volví. Vimos unos extraños caracteres impresos sobre el metal.

—Parece un rótulo indicador —murmuró Bonnie, y observó con gran interés aquellos trozos curvos.

—¿Puedes descifrarlo? —le pregunté curioso.

Ella estudió detenidamente los rasgos, pero finalmente movió la cabeza en sentido negativo.

—No. Pero estoy segura de que se trata de signos inteligentes, impresos por seres inteligentes —respondió.

Trepper estaba a unos pasos, filmando sin cesar todo lo que veía. Miré alrededor buscando a Dan Randolph, nuestro astrónomo, pero no le vi. Entonces le llamé a gritos angustiado.

La mitad de su cuerpo apareció en seguida a través de una de aquellas aberturas redondas, a unos seis metros de altura. ¡Había penetrado temerariamente en una de las construcciones que se mantenían indemnes!

—¡Estoy aquí! —gritó entusiasmado—. ¡Venid, venid!

Llamé a Trepper y entramos en aquella ¿casa? Bonnie, que tanteaba las paredes, exclamó:

— ¡Mirad, ésta es la prueba! ¡Los muros están revestidos por dentro con material aislante!

Traté de arrancar un pedazo del revestimiento y lo conseguí. En efecto, era una lámina de material porosa, muy ligera, pero dura y resistente.

La construcción estaba dividida en estancias bien definidas: de una forma semejante a una vivienda humana. Había algunos objetos cubiertos de polvo, de una sustancia semejante al plástico, aunque más brillante y resistente, que *parecían muebles*.

Estábamos en mitad de una de las piezas más espaciosas, de forma circular, cuando vimos aparecer a Randolph en lo alto de una rampa que ascendía en espiral hasta una de aquellas aberturas circulares de la altura de un hombre.

—¡Vamos! ¿Qué esperáis? ¡Subid, que quiero enseñaros algo…! —exclamó.

Ascendimos fácilmente por la rampa y llegamos a una estancia superior que disponía de un amplio mirador. Una sustancia parecida al plástico transparente cerraba la pieza. El suelo estaba cubierto de polvo y en un rincón habían crecido unas hierbas.

—¡Me llevé un susto tremendo! —exclamó Randolph—, Pero se trata de algo inofensivo. *Está ahí* —dijo. Y señaló la vegetación que crecía en un extremo—. Mirad…

Avanzó unos pasos hacia las hierbas, muy despacio… De pronto, algo salió de allí y corrió vertiginosamente sobre el polvo.

Bonnie dejó escapar un estridente alarido y yo noté que se me ponía la carne de gallina. Pillado de improviso, Trepper retrocedió, aterrado, tropezó y cayó al suelo cuan largo era. Sus cámaras cayeron al suelo y se destrozaron.

—¡Es…, es un… hombrecillo…! —chilló Bonnie, señalando la

pequeña figura que acababa de huir. Mi pobre compañera estaba lívida y sus facciones se habían desencajado.

Randolph dejó escapar una carcajada y salió corriendo en pos del «hombrecillo».

Oí sus rápidos pasos pateando el suelo. ¿Había logrado capturar aquella… cosa?

Entonces se dejó oír una vocecilla:

—*Yiiiia… dada… buba… ba!*

Trepper maldijo sordamente entre dientes. Bonnie retrocedió, aterrada, y yo aguardé, sintiendo que mis cabellos se erizaban.

Y en aquel momento volvió Randolph. Llevaba aquella «cosa» en la mano y sonreía burlón.

—No os asustéis —exclamó—. Sólo es… una muñeca.

Mostró aquello que yo había tomado por un hombrecillo.

—¿U… una muñeca? —farfulló Bonnie, todavía con el susto en el cuerpo.

—Sí. Mirad. Tiene figura claramente humana, pero sólo es un artilugio, aunque muy sofisticado, eso sí. Debe poseer algún mecanismo que reacciona ante la presencia física de cualquiera. ¿Veis? —Puso la muñeca en el suelo y aquélla movió rígidamente las piernas y se alejó hacia el otro extremo de la habitación.

—¡Uf! —suspiró Trepper, secándose el sudor—. ¡Creí…, creí que era…!

—Y yo —asintió Dan Randolph—. Pero sólo es un juguete.

Avanzó despacio con ambos brazos extendidos hacia el suelo y cuando la muñeca se puso en marcha la atrapó fácilmente.

La tomé en mis manos y la examiné. Tenía consistencia metálica, pesaba bastante y su diseño era humano. Incluso las facciones de aquella cara eran infantiles.

—¡Es sorprendente! —dije—. Donde hay una muñeca, debió haber niños…

Nos miramos en silencio. Tal vez hubo niños en Horix. Y adultos, hombres y mujeres, pero ¿*cuándo*?

Trepper empezó a lamentarse, mientras examinaba su material de cine.

—Se ha estropeado —gruñó—. Y lo peor es que la película se ha velado. Tendremos que volver y traer nuevas cámaras.

—Salgamos —propuse. Y entregué la muñeca a Bonnie, que la tomó en sus manos con cierta prevención.

Volvimos al helicóptero y poco después nos elevábamos. Íbamos alborozados imaginando la sorpresa de nuestros camaradas cuando les anunciáramos el hallazgo de la misteriosa ciudad de la jungla, pero cuando se lo contamos nos miraron con expresiones incrédulas y se negaron a creernos. Tampoco Manchester dio el menor crédito a nuestro relato. Al fin, irritados y disgustados, optamos por callar.

Al día siguiente volvimos a volar camino de la jungla, pero por más que registré kilómetros y kilómetros a escasa altura, me fue imposible encontrar la ciudad. Se diría que *la selva la había devorado*.

CAPITULO XIII

Durante muchas semanas el equipo exploró una amplia zona del planeta Horix. Ello nos sirvió para establecer que, si bien la flora de Horix era abundante y compleja, la fauna se limitaba a algunas especies inferiores de insectos, arácnidos y algunos pequeños reptiles.

Uno de los más singulares descubrimientos fue el de unas arañas negras que medían treinta centímetros y pesaban más de un kilo.

Para entonces, Douglas Manchester se había quitado definitivamente la careta y prescindía de todo disimulo. Lo comprendí cuando decidió que todos trabajáramos en la construcción de un inmenso edificio de cuyos planos había repartido docenas de copias. Se trataba de una gigantesca construcción mitad palacio, mitad fortaleza. En definitiva, una ciudad semisubterránea.

¿Para qué quería Manchester aquella singular construcción? Lo confesó ante todos con una sonrisa despectiva.

—Pienso vivir en ella. Y todo irá bien si siguen mis indicaciones —dijo.

—¡Está usted loco, Manchester! —estallé—. ¿Es que piensa vivir aquí hasta el fin de sus días?

—Viviré aquí —asintió—. Y todos ustedes me obedecerán. Ahora dependen absolutamente de mí... Quiero crear una nueva civilización, un nuevo orden en las personas, en los animales y en las cosas.

¡Maldito fanático...! Su obsesión era tan delirante que llegaba a creer ardientemente en su quimérico sueño.

—Cuando llegue el momento, una astronave semejante al Worldtracer se pondrá en camino desde la base lunar Beta.

Traeré animales de las principales especies, que se desarrollarán y multiplicarán en este inmenso planeta. ¡Crearé un verdadero paraíso! Es posible que usted, Talbot —desde unas semanas atrás había dejado de llamarme «comandante»— viva lo suficiente para contarlo.

Me sentía indignado escuchando los planes de aquel loco. No es que su proyecto no fuera viable e incluso positivo... Pero aquel individuo pretendía imponer su voluntad a todos nosotros y decidir, como un tirano, sobre nuestras vidas y nuestro albedrío.

Iba a oponerme furiosamente a sus deseos, pero Tweeze y su cuadrilla de lacayos me vigilaban estrechamente. Además, Manchester sujetaba por aquella cadena dorada al fiero «Anghor», que comenzaba a enfurecerse y arañaba la tierra, dejando escapar un sordo gruñido.

Con Manchester, lo mejor seria fingir hasta que llegara la oportunidad de anularle.

Explicó con todo detalle la organización de los trabajos. En primer lugar, construiríamos un horno para fabricar miles de toneladas de cemento. No sería difícil, pues en los almacenes situados a popa de la astronave se amontonaban máquinas de toda clase.

—Disponemos también de suficientes explosivos para obtener la piedra necesaria. Construiremos una canalización para traer agua del próximo lago y fabricaremos vidrio y fundiremos metales, que mecanizaremos después... ¡Será una obra colosal, inigualable...! —se pavoneó—. Y ahora que ya lo saben todo, lo mejor será que empecemos cuanto antes.

Me acerqué a él despacio, vigilando los movimientos de «Anghor», que se movía inquieto. Yo odiaba a aquel animal que había desgarrado mi espalda profundamente, pero al fin y al cabo, «Anghor» sólo era eso: un animal irracional. Douglas Manchester, su dueño, era mil veces más peligroso que el tigre.

—Me gustaría saber qué piensa hacer una vez descienda la segunda astronave con los animales —dije.

Manchester entornó los ojos y luego sonrió.

—Le daré gusto, Talbot —asintió. Pero bajó la voz—. Para entonces ya tendremos aquí todo lo necesario para vivir. Y entonces... ¿para qué necesitaríamos las astronaves?

Haré como aquel gran conquistador español del siglo XVI: las destruiré... para impedir que algún estúpido desesperado intente escapar de Horix.

* * *

Estábamos colocando las cargas explosivas de los barrenos al pie del escarpado de granito, cuando escuché aquel grito.

Me volví. Allá abajo acababa de detenerse uno de los vehículos-oruga del equipo de seguridad.

—¡Talbot! —volvieron a gritar. Y reconocí la voz de Ben Tweeze.

—Sigan ustedes —dije al ingeniero Clifford—. Iré a ver qué quiere el lacayo de Douglas Manchester.

Le entregué un puñado de detonadores y descendí de peña en peña hasta el vehículo de Tweeze. Se había hecho acompañar por dos de sus hombres, que me encañonaban abiertamente con sus armas.

—¿Qué quiere? —pregunté tenso.

—Venga con nosotros, Talbot. El patrón quiere verle —respondió.

—Explíqueme de qué se trata —exigí.

Tweeze apretó las mandíbulas.

—Será mejor que suba al vehículo y no resista. Sería peor —gruñó.

Cedí. Supuse que a Manchester se le habría ocurrido algún nuevo capricho relacionado con su loca quimera y querría ponerme al corriente. Por desgracia, me equivocaba.

Subí de un salto y me acomodé en el asiento. El vehículo se puso en marcha a buena velocidad y quince minutos más tarde llegaba a la pradera sobre la que se había posado el Worldtracer.

Manchester estaba en cuclillas, inclinado sobre un bulto de color pardo… ¡su tigre!

El doctor Franken estaba a unos pasos, de pie. Y más allá Simmer, Tower y aquellas dos jóvenes de aspecto hombruno, Edwice Brown y Glenda Swamps: es decir, el grupo de seguridad al completo.

El ambiente era tenso, cargado de electricidad. Al oír nuestros pasos, Manchester se puso en pie y me miró. Tenía una expresión horrible, con las facciones crispadas, cenicientas, y los ojos despidiendo chispas.

—¿Por qué me ha hecho venir? —pregunté, esforzándome en que mi voz sonara clara y serena.

Miré de reojo al tigre. Estaba completamente inmóvil. Y en seguida adiviné que estaba muerto.

—¡Maldita sea su alma, Talbot! —estalló el patrón, en un acceso de indescriptible ira—. ¿Por qué mató a «Anghor»?

Pestañeé.

—No lo he matado —declaré—. Salí hacia la cantera hacia el amanecer. Y la cantera está a diez kilómetros de distancia.

Franken fue a decir algo a Manchester, pero éste alzó una mano con ademán rabioso y el médico enmudeció.

—Usted odiaba a «Anghor», Talbot —pronunció el patrón con voz sorda—. Usted le odiaba y decidió envenenarle. Sólo usted pudo hacerlo..., ¡sólo usted...!

—Está loco —exclamé—. Trata como animales a unos seres humanos y parece afligido por la muerte de ese peligroso animal.

—«Anghor» era mi único amigo —murmuró Manchester con voz lejana—. Y usted, Talbot, le asesinó. Es preciso hacer justicia... ¡Tweeze!

Me volví de un salto. Los individuos del servicio de seguridad habían dejado sus armas y cada uno empuñaba un largo rebenque de acero revestido de caucho. Eran unas armas temibles, dado su peso y su flexibilidad.

Despacio, comenzaron a rodearme. Pero antes de que cerraran el círculo salté sobre Simmer, que parecía indeciso, y le hundí los pulgares en los ojos. Antes de que consiguiera desprenderme de él, Tweeze me atacó por la espalda y descargó de refilón el primer golpe en mi cuello. Aullé de dolor, pero me volví como una fiera y le acerté una patada en los genitales.

Los tres hombres y las dos mujeres estrecharon el cerco alrededor de mí. Era un verdadero caso de conciencia, porque yo jamás había golpeado a una mujer... Quizá me descuidé por eso y el rebenque de la Brown acertó dolorosamente en mi espalda. Sobre las cicatrices aún tiernas, la sangre brotó a chorros y empapó el suelo.

Incliné el cuerpo hacia adelante. La Brown cayó en la trampa y con el rostro convertido en una máscara, trató de asestarme el segundo golpe. El rebenque marcó un surco en el suelo, yo atenacé su tobillo derecho vertiginosamente, la alcé en el aire y la despedí a cinco metros de distancia, donde quedó despatarrada después de lanzar un chillido sobrecogedor.

Pero Tweeze había vuelto a la lucha, aunque con el rostro descolorido. Y volvió a atacarme por la espalda. Su primer golpe me dejó sin aliento. Y los otros me acosaron como perros salvajes.

A punto de perder el conocimiento, salté hacia adelante y atenacé

un tobillo de Tower, lo retorcí y cuando cayó, le aferré por el cuello y estampé su rostro contra el suelo.

Cuatro golpes seguidos alcanzaron mi cráneo. Poco a poco dejé de sentir, los golpes y me sumergí en el profundo sueño de la inconsciencia.

* * *

Mis heridas se habían ulcerado y Franken tuvo que luchar con todas sus fuerzas para sacarme adelante. Durante casi un mes había permanecido a mi lado, cuidándome esforzadamente.

Pero yo estaba vivo aún y todavía no desesperaba de derribar algún día a aquel fanático despiadado que se llamaba Douglas Manchester.

Franken me hablaba de la marcha de los trabajos: la cantera trabajaba a tope y la fábrica de cemento ya se había terminado. Manchester dirigía los trabajos de construcciones de cuatro plantas subterráneas de lo que había de ser su palacio fortaleza.

Yo le preguntaba invariablemente por Bonnie, pero Franken se limitaba a responder que ella estaba bien. Sospechaba que el médico me ocultaba algo, y un día, poco antes de que me diera el alta, decidí ir al grano.

—Me ha mentido, Albert. ¿Qué le ocurre a Bonnie Carpenter? —le pregunté, sujetándole por un brazo.

Vaciló, pero yo repetí la pregunta y se vio forzado a decir la verdad: Manchester había hecho de ella su favorita y la mantenía encerrada en su fastuosa cabina del Worldtracer.

Al oír aquello, la desesperación se apoderó de mí.

—¡Canalla, cerdo asqueroso, gusano...! —bramé loco de furia—. ¡Le mataré, le mataré, aunque sea lo último que haga!

Franken se esforzó en calmarme, pero viendo que no era posible, me puso una inyección sedante que me dejó relajado y sin fuerzas. Cuando desperté, Franken se confió a mí, cuando le prometí que no me dejaría llevar por la locura.

—Manchester se excitó terriblemente a la vista de la sangre... Intenté detener a esos matarifes del grupo de seguridad, pero sólo conseguí que me rechazaran a golpes —relató—. Creí que Manchester permitiría que sus cancerberos le rematasen, pero de repente ordenó

que se cesara el castigo. «Tengo una idea mejor —dijo—. Tomaré a Bonnie Carpenter, ya que Talbot me ha quitado a "Anghor".» Mandó buscarla y se la llevó. Pero usted, Allan, no debe sufrir: voy a hacerle una revelación que le pido que mantenga en secreto, porque pudiera costarme la vida.

—Hable —le rogué.

—Manchester es impotente —confesó.

Me tranquilicé un tanto. Si era así, ¿qué trataba de demostrar aquel monstruo de egolatría llevándose a Bonnie?

Pero Franken me estaba hablando de otro asunto.

—Luego se le antojó otra cosa: quería que le disecase el tigre para tenerlo consigo en su cabina. Le hice saber que yo no poseía experiencia en tal especialidad, pero insistió en ello y no tuve más remedio que obedecer... Cuando abrí el vientre del animal, se me ocurrió analizar sus vísceras. ¿Qué cree que descubrí?

—Que nadie había envenenado al tigre, que yo no era el responsable —respondí.

—¡Eso es! En su sistema venoso y en el corazón había rastros del veneno de uno de esos enormes arácnidos. Entonces comprendí la verdad: Manchester había dejado al animal suelto, en los alrededores de la astronave, y el tigre se alejó.

Cuando le llamó con su silbato de ultrasonidos, «Anghor» no regresó y Manchester envió a sus lacayos a buscarle. Regresaron con él, muerto. Bien... La picadura estaba en una de las patas delanteras.

—Supongo que corrió a contárselo a ese cerdo —dije.

—Eso fue lo que hice, justamente. Le hice venir al laboratorio y le ofrecí pruebas de que su fiera había sido mordida por una araña... Se quedó estupefacto. «Increíble —dijo—, ¡Douglas Manchester se ha equivocado!» Y rompió a reír a carcajadas. Luego se marchó sin hacer otro comentario.

— ¡Canalla! —exclamé—. ¡Podía haberse asegurado antes de que sus verdugos me martirizaran!

—Sí, pero ya no tiene solución. Prométame una cosa, Allan: no le provoque. Escúcheme, todos nosotros estamos de su parte, excepto los del grupo de seguridad. Edwice Brown se rompió el cuello y lleva un collar ortopédico. Sea cauto. En cuanto se presente la mejor

oportunidad, actuaremos. Todos estamos hartos de Manchester.

Estuve de acuerdo. Franken me convenció para que guardase cama unos días más, a fin de recuperar fuerzas. Tres días después, el médico informó a Manchester de que yo estaba en condiciones de volver al trabajo y abandoné mi cabina.

CAPITULO XIV

Todos trabajábamos a tope durante diez horas diarias. La conducción de agua llenaba ya el depósito —un gran hoyo forrado de cemento pulverizado—. El horno de piedra funcionaba a gran ritmo y los demás trabajábamos en el palacio-fortaleza de Manchester.

No hablábamos sino lo indispensable y las expresiones eran hoscas y huidizas. La reserva de alimentos comenzaba a escasear y Manchester no tenía previsto plan alguno de aprovisionamiento... ¿Esperaba quizá la llegada del Worldtracer II?

Yo manejaba una sierra de cortar losas y piedra de cantería, pues Manchester lo quería todo a lo grande, sin reparar en ningún esfuerzo. Ardía en deseos de ver a Bonnie y, sobre todo, de caer sobre el cuello de aquel tirano, pero Bonnie no aparecía y Manchester estaba siempre protegido por sus gorilas. ¿Qué esperarían recibir aquellos individuos a cambio de su servil docilidad?

Warren Burns, el intendente, me había dicho en secreto que sólo quedaban provisiones para un par de semanas. Vi a Potter, nuestro ingeniero de telecomunicaciones, y le pregunté si había recibido algún mensaje de la base Beta en el sentido de que la segunda astronave hubiera abandonado la Luna camino de Horix. La respuesta fue negativa.

Estaba claro que Manchester nos llevaba a la perdición. Obsesionado con la construcción de su imperio, había olvidado algo tan importante como los alimentos.

¿Qué ocurriría cuando se terminasen las provisiones? Horix no podía ofrecernos mamíferos o aves de cuya carne alimentarnos. Tampoco nos había dado tiempo de buscar y analizar productos vegetales. ¿Entonces...?

«Cuando se halla terminado la última porción de comida, *nos convertiremos en antropófagos*», pensé, estremecido de pánico. No era posible aguardar. Había que hacer algo, aunque fuese a la desesperada. En cuanto terminase la jornada, me reuniría disimuladamente con Jarrell, Elwood, Randolph, Franken y todos los demás. Les haría ver la horrible suerte que nos esperaba y acordaríamos algo en concreto.

Algo vino a cruzarse en mis planes. Poco después, Ben Tweeze me obligó a detener mi máquina con un ademán perentorio.

—Baje de ahí, Talbot. Otra persona se ocupará de ese trabajo; usted vendrá a la cantera —dijo.

Bajé de mala gana, subí al auto-oruga y, en la indeseable compañía de Tweeze y Simmer, nos encaminamos a la cantera.

Mi trabajo consistiría en colocar las cargas explosivas. Y no tenía la esperanza de organizar un motín desde la cantera: los dos cancerberos me vigilaban continuamente.

A mediodía coloqué una docena de cargas en una gran grieta. Nos retiramos a los hoyos de protección y escuchamos la horrible explosión. Una máquina se acercó, saneó el corte y volvimos a nuestra tarea.

Y entonces vi el enorme boquete. Asombrado, descendí y vi el ancho pasillo subterráneo, los muros de dos metros de grosor, la gran rampa que descendía hacia las profundidades...

Ya me disponía a introducirme bajo el alto techo del subterráneo, cuando Tweeze llegó a la carrera.

—¿Qué hay ahí? —gruñó. Miró y palideció. Luego me ordenó que subiera—. Que nadie se acerque hasta que yo vuelva... ¡Vigílalos, Simmer...!

Se marchó a la carrera hacia el auto-oruga y se alejó a toda velocidad. Por supuesto, Tweeze iba a informar a su señor, como un can bien amaestrado.

El geólogo Collins, Ted Elwood, Trepper y yo nos miramos, excitados.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó Trepper, asustado.

—Parece una ciudad subterránea —respondí—. O un silo. O lo que sea. Pero lo han construido seres inteligentes, de eso estoy seguro.

—¡Bendito sea Dios! —exclamó Trepper—. ¡Y nadie quiso oírnos cuando les hablamos de la ciudad de la jungla...!

Collins intentó descender, pero Simmer avisó de que dispararía si alguno de nosotros se movía. De todas formas, no hubimos de esperar mucho: un cuarto de hora después, cuatro auto-orugas llegaban hasta la cantera.

Manchester había ordenado, desconfiado, que se suspendieran los otros trabajos y que todos viajaran hasta la cantera.

Bajaron de los vehículos a tropel, escalaron la pendiente y llegaron hasta el profundo tajo que habían profundizado los explosivos.

—¿Qué es lo que ha descubierto, Talbot? —me preguntó Manchester en cuanto llegó. Bonnie venía detrás de él y me envió una débil sonrisa.

—No tengo ninguna autoridad —respondí irónico—. Ni siquiera para informarle. Véalo usted mismo.

Alzó orgulloso el mentón, me volvió despectivamente la espalda y ordenó a Tweeze:

—Deje un par de hombres de vigilancia aquí, traigan lámparas y bajemos a echar un vistazo.

Poco después descendían. Iban Manchester y Tweeze, Seagull, Grant y las dos mujeres, Glenda Swamps y Edwice Brown. Fuera, vigilándonos, quedaban Simmer y Tower, este último con la nariz rota desde que yo estampé su rostro contra el suelo el día que me rompieron la espalda a latigazos.

De Bonnie nadie había hecho cajo, y ella vino a reunirse enseguida conmigo. Nos abrazamos en silencio y ella me besó tiernamente.

—No sufras, Allan —musitó a mi oído—. Ese tipo ni siquiera me ha tocado. En realidad, no le gustan las mujeres.

Tragué saliva. E hice la pregunta en un susurro:

—Entonces… ¿por qué te encerró, por qué te llevó con él?

—Quería humillarte, ponerte celoso, eso es todo: fue lo que me dijo.

Entonces advertí que Bonnie llevaba en las manos la extraña muñeca autómata que encontramos en la ciudad de la jungla.

—¿Por qué traes eso? —le pregunté extrañado.

—Me distraje con ella en la cabina de Manchester. ¡Eran tan largas las horas allí ! —exclamó triste. Miró el juguete y dijo—: Es algo extraño… Parece inagotable. Confieso que me tentaba la

posibilidad de desarmarla y ver qué hay dentro, pero me dio pena destruirla...

Los rayos del sol se concentraban en el tajo y la temperatura se tornó insufrible. Comenzamos a agruparnos a la sombra y los vigilantes nos dejaron hacer, aunque sin perdernos de vista.

Pasaron las horas. La incertidumbre y el temor comenzaron a rondarnos.

Hacia la tarde, unos chillidos horripilantes nos obligaron a ponernos en pie, como si previamente todos nos hubiésemos puesto de acuerdo.

Bonnie trató de retenerme, pero yo me lancé temerariamente hacia abajo sin pensar que Simmer o Tower podían matarme en el acto. Por fortuna no sucedió así y llegué a la entrada del subterráneo cuando una despavorida Edwice Brown ascendía locamente la rampa sin cesar de gritar.

Me estremecí al contemplar sus cabellos despeinados: ¡se habían vuelto blancos en unas pocas horas!

Entre Jarrell, Potter y yo logramos llevarla arriba. Temblaba de arriba abajo y murmuraba palabras incoherentes. Al fin conseguimos que se calmara un tanto y nos explicara, balbuceante, el motivo de su pánico.

Habían avanzado por un larguísimo pasillo revestido de planchas metálicas y alcanzado una alta rotonda de la que partían rampas en distintos sentidos y hacia diversos niveles.

—Es... una verdadera ciudad subterránea, con centenares de inmensas naves y miles de anchos corredores... Caminamos en grupo durante más de una hora, después de haber tomado una de las rampas... Y alcanzamos una gran plaza subterránea de más de quinientos metros de diámetro... Docenas de pisos se divisaban en lo alto y en todo su contorno partían docenas de calles y avenidas.

Aquellos anchos corredores mostraban unas planchas, a modo de rótulos, inscritos en insólitos caracteres de curvo trazado.

«Como la lámina de metal que examinamos en la ciudad derruida por la jungla», pensé yo.

—Manchester, Tweeze, Seagull. Glenda Swamps..., todos habíamos enloquecido. Gritábamos cada vez que hacíamos un nuevo descubrimiento y Manchester aseguraba a grandes voces que ya no

sería necesario construir su palacio-fortaleza... También Tweeze estaba muy excitado... La grandeza que contemplábamos nos había vuelto dementes.

Habían avanzado por una de las impresionantes calles subterráneas. De repente, Glenda Swamps se había puesto a gritar, despavorida.

—Corrí hacia ella y vi unas extrañas máquinas, como vehículos... Estaban ocupados por centenares de cadáveres... momificados... Permanecían en actitud tal que parecían vivos... Pero estaban muertos, acartonados, y yo... ¡corrí, corrí locamente, asustada...! Me he perdido docena de veces, pero milagrosamente encontré el camino de regreso y... y...

Prorrumpió en un hondo sollozo convulsivo y Franken tuvo que ponerle una inyección para tranquilizarla. Cuando se hubo recuperado, le pregunté:

—¿Y Manchester y los otros...?

—No lo... sé... -hipó—. Me aterré al ver aquello y... y...

No fuimos capaces de sacarle una palabra más. En aquel momento tomé una determinación: iba a bajar, aunque yo también me sintiese impresionado por el relato de aquella infeliz mujer. Llamé a Simmer y a Tower y les invité a seguirme, pero ellos arrojaron las armas al suelo y rehusaron hacerlo.

—He ahí vuestra fidelidad —exclamé sarcástico.

—Voy contigo —se ofreció Jarrell.

—Y yo —dijo Ted Elwood.

Y se sumaron Trepper, el doctor Franken, Collins y Pad Potter.

—Vamos a traer un auto-oruga —propuse—. Esa abertura es suficiente para el vehículo. Si esos subterráneos son como dice la Brown, nos llevarían días enteros recorrerlos.

Collins y Potter fueron a por el vehículo. Les costó remontar la pedriza, pero diez minutos después el auto-oruga estaba arriba. Entonces advertí que Potter llevaba a la espalda el comunicador Pitford.

—¿Adónde va con eso? —pregunté estupefacto.

—Manchester me ordenó que enviase un mensaje a la base Beta. ¡Y entonces comenzó a funcionar el traductor Pitford! Las señales provenían de un punto situado a no más de quince kilómetros del Worldtracer. Por eso lo traje…

Un escalofrío me recorrió la espalda. Pero no era la hora de dudar, sino la de decidir. Empezamos a subir al vehículo y Bon Bonnie se acercó a mí, transida de miedo. Y aun así, dijo:

—Voy con vosotros. Dondequiera que estés tú, estaré yo.

Y subió.

CAPITULO XV

Es el último aviso... Os hemos enviado nuestras advertencias, para que no cometáis los mismos errores que nos llevaron a la destrucción, al horror y a la muerte...

Era Pad el que acababa de leerme aquel mensaje. Y yo, loco de mi, conducía el vehículo a lo largo de aquella inmensa ciudad subterránea. Seguía las indicaciones de Edwice Brown e iba descubriendo el camino de forma asombrosa.

Junto a mí, Bonnie temblaba contemplando las altísimas estructuras, los interminables túneles, las insólitas máquinas, los atrevidos e inconcebibles diseños arquitectónicos.

—Cada vez estamos más cerca —dijo Pad Potter—. ¡Muy cerca...!

Llegamos a la gran plaza que había descrito Edwice Brown. Era algo inmenso, sobrecogedor. Las calles estaban llenas de cadáveres momificados, en actitudes desesperadas o relajadas. Adultos, niños, hombres, mujeres. Había centenares, miles de ellos... Llenaban dependencias anchurosas, pasillos, rampas, túneles...

No habíamos encontrado rastro de Manchester, Tweeze, Seagull, Grant ni Glenda Swamps. ¿Dónde estaban, en qué mundo de locura habían entrado...?

—La aguja señala hacia arriba —dijo Potter con voz queda. Y el auto-oruga ascendió veloz por una rampa. Calles de treinta metros de anchura que se perdían en la lejanía, salones inmensos, extraños vehículos inmóviles, máquinas jamás vistas. Y cadáveres, miles de momias alrededor. Era una visión de pesadilla, apocalíptica, pero real...

El traductor automático comenzó a funcionar. Y Potter me iba leyendo el mensaje con voz quebrada:

Dominamos la materia, quisimos convertirnos

en semidioses, nos enfrentamos egoísta y cruel-

ménte entre nosotros... Y perecimos... De ahí

nuestras advertencias... Ta! vez aún estéis a

tiempo...

Frené de pronto en el centro de la inmensa rotonda, elevada doce plantas. Aquello parecía un colosal centro de control. Brillantes tubos, sofisticadas máquinas de diseño insólito cubrían los muros y las bóvedas. Y en el centro geométrico de aquel lugar, una gran mesa metálica circular con pantallas de vidrio, bancadas de metal. Y un cadáver de bruces que oprimía en un último movimiento un botón rectangular.

—Es ahí —dijo quedamente Potter—. La emisión parte de esa mesa... Pero ese hombre... Ese ser... ¡está muerto! Quizá lleve siglos o milenios muerto... ¡Y sin embargo el mensaje sigue emitiéndose!

—Y posiblemente se emitirá por los siglos de los siglos. Y ahora comprendo plenamente todo su significado —murmuré.

Hice girar el vehículo y descendimos. Collins comenzó a llamar a gritos a Manchester y a los demás. Luego, se unió desesperadamente a sus gritos. Y Jarrell y Potter, incluso Bonnie.

Cuando el auto-oruga cruzó la plaza, en algún lugar se produjo una vibración espeluznante. Y de lo alto se desgajó la bóveda y el lugar se llenó de polvo, de humo y de desolación, unos segundos antes de que alcanzáramos la calle radial por la que habíamos llegado hasta allí.

Nos detuvimos sobrecogidos. Grietas de un metro de altura se habían abierto en los muros y el suelo vibraba con un temblor que producía espanto.

—¡Por amor de Dios, escapemos de aquí, Allan! —chilló Bonme.

Atendí su ruego angustiado y el auto-oruga emprendió el regreso a toda velocidad. Sin embargo, no volvimos a escuchar el apocalíptico

temblor ni se nos presentó el menor impedimento en el regreso. Las baterías solares se descargaron cuando llegamos al final y vimos brotar un pálido rayo de sol a través de la abertura del túnel.

Saltamos a tierra sin detenernos y corrimos hacia el boquete. De repente, Bonnie se detuvo, puso la muñeca en el suelo y dijo:

—Vuelve con los tuyos —y el autómata corrió veloz y se perdió en el pasillo. Un momento después oímos un crujido horripilante y el túnel se conmovió.

Apresuradamente salimos, escalamos el tajo y, pálidos y sudorosos, nos reunimos con los nuestros. Una gran polvareda brotaba de la abertura por la que acabábamos de ganar el aire libre.

No hablamos mucho. Explicamos a nuestros camaradas lo que habíamos visto y luego subimos a los vehículos y volvimos a la astronave.

—Aún no acabo de comprender el significado de esos mensajes —dijo Frank Jarrell pensativo.

—Es fácil —respondí, fatigado—. Horix conoció hace mucho tiempo una sociedad muy adelantada que dominó la materia, la energía e incluso ingenios suficientes para autodestruirse. Ese hombre…, el ser que vimos inclinado sobre aquella mesa, grabó un mensaje para advertir del peligro de la ambición y de la soberbia a quienes llegaran a este mundo y descubrieran su secreto. Un mecanismo automático ha venido repitiendo el aviso a lo largo del tiempo.

—Por tanto, Horix era una trampa mortal —dijo Potter.

—¿Por qué? Ellos fueron claros: «El peligro está entre vosotros». Este mundo puede ser un paraíso o un infierno, como todos. Depende de la sensatez de los seres inteligentes que lo habiten. Ojalá, si volvemos a la Tierra, nos hagamos oír por los que, desatinadamente, se dirigen a la total destrucción. Quizá no sea demasiado tarde…

* * *

Dividimos las provisiones en pequeñas raciones que nos hacían pasar un hambre atroz, pero Bonnie comenzó a coleccionar, clasificar y analizar vegetales. Buscamos raíces y tubérculos y almacenamos semillas y legumbres en la cantidad que nos fue posible recoger antes de que llegasen las naves. Fabricamos aceite e incluso alcohol.

Allan Potter había enviado un mensaje a la base lunar Beta en nombre de Douglas Manchester. Fue preciso mentir, porque Manchester había perecido hacía varios meses, pero la mentira era disculpable porque se trataba de sobrevivir, de alentar una esperanza en medio del desánimo.

Y así, nos dispusimos a afrontar el largo invierno de Horix. ¿U Oyreeks?

Pasábamos juntos la mayor parte de nuestro tiempo y recordábamos, nostálgicos, vivencias relacionadas con nuestro mundo, la Tierra. A pesar de todo, alentábamos las esperanzas de que un día regresaríamos.

No había psicosis de desesperación entre nosotros. Por el contrario: cada día estábamos más seguros de que, si era necesario, sobreviviríamos en Horix e incluso llegaríamos a dominar sus recursos.

Era pleno invierno, muy próxima la Navidad en la Tierra, cuando Pad Potter captó un mensaje... ¡Procedía del Worldtracer II!

—Estará aquí dentro de sesenta y dos días —nos anunció Pad, radiante—. Trae comida abundante, refuerzos..., ¡todo!

Nuestros camaradas prorrumpieron en gritos de entusiasmo y desbordada alegría. Pero yo pasé un brazo por encima de los hombros de Bonnie y así, apretadamente unidos, comenzamos a canturrear una canción navideña. Tímidamente primero, decididamente después, nuestros compañeros corearon aquella canción de fe y de esperanza.

FIN



Lo más escalofriante. Lo más insospechado. Lo más «insoportablemente» atroz...

Selección



en cada uno de cuyos números encontrará siempre los mejores relatos escritos por los más afamados expertos en el género.

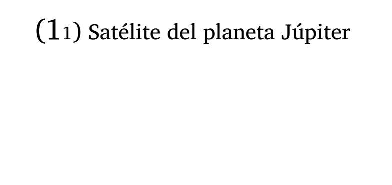
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



PRECIO EN ESPAÑA 35 PTAS.

¡ASEGURE SU EJEMPLAR!

Impreso en España



(11) Satélite del planeta Júpiter